

BARQUERO EN EL PUERTO

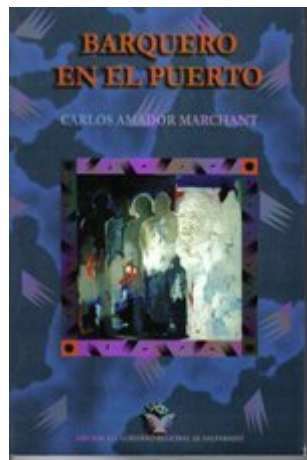
CARLOS AMADOR MARCHANT

Registro de Propiedad Intelectual N° 129.197
I.S.B.N. N° 956-7944-38-5

**Premio Ensayo Gobierno Regional de Valparaíso.
Editado en nov. De 2002**

Portada. Técnica mixta de la autora Luisa Ayala

*"Efraín Barquero es un poeta chileno, Premio Nacional de Literatura 2008.
Esta conversación fue realizada seis años antes de ese galardón."*



La experiencia de escribir sobre Efraín Barquero, verlo y conocer sus pensamientos actuales estaba, tal vez, en el más secreto de mis sueños juveniles. Y para explicar esto debo caminar hacia el pasado, cuando a dos años del golpe militar (1975) con mis veinte años a cuestas, fundo un grupo literario y edito un opúsculo de poesía. Estaba en la Primera Región de Chile, en Arica, y se me ocurre, para matar “el hambre”, salir a vender esta publicación realizada con tapas impresas e interior a mimeógrafo al maltratado profesorado de la época. Tres años antes, una vez que me inicio en el arte de la palabra, después de leer a un gran número de vates nacionales, ya me había quedado con la poética de Barquero, por considerarla profunda, limpia, capaz de traspasar muros. Y llego a decir, como lo expresaron otros, que se trataba de uno de los verdaderos poetas del mundo.

Al llegar a las escuelas con esta miserable mercadería, luego de algunas charlas explicativas y en donde cité en varias ocasiones el nombre del poeta, los profesores me miran, no dicen nada y muchos de ellos se retiran dejándome con la palabra en la boca. ¿Cómo a un poeta se le ocurre salir a vender un folleto en tiempos difíciles donde la gente estaba preocupada de persecuciones y hambruna?. Y aquí está lo sorprendente. Una maestra se acerca y me dice: “Usted debe comprender que mis colegas no están pasando por buen momento, pero yo lo he escuchado nombrar a Efraín Barquero, y permítame expresarle que también soy admiradora de su poesía”. Sacó unos billetes de su cartera y adquirió tres ejemplares. Aquella acción sirvió para comprar pan y seguir caminando por la ciudad. En ese preciso momento Barquero vivía un penoso exilio por algunos países de América Latina y luego Europa. Traté de seguirle la pista, pero quedé en el intento. Fue imposible.

Pasan muchos años y se produce un silencio completo. En Chile comienzan a formarse otras generaciones y, poco a poco, como es costumbre en este país, el nombre del poeta comienza a ser olvidado.

En 1990 retorna a nuestro territorio e intenta quedarse, pero luego regresa a Europa dejando tres libros que salen editado en 1992 por Sudamericana: Mujeres de Oscuro; A Deshora , y El Viejo y el Niño, Andrés Bello.

Cuando me refiero al silencio a que fue sometido Barquero al paso de todos estos años, quiero decir que mucha gente en las principales librerías de provincia no encontraba libros de este autor. Es más, creo que lo más vergonzoso es que en algunas de ellas ni siquiera recordaban su nombre.

En 1998 vuelve definitivamente trayendo un libro nuevo que publica LOM: La Mesa de la Tierra, obteniendo al año siguiente el Premio Municipal.

Lo concreto: entre 1999 y 2000, logro hacerle llegar un mail con breve saludo que es respondido a la semana después.

El 2000 representa un año de reconocimientos y frustraciones. El poeta es homenajeado con el Premio Altazor, pero no se le concede el Premio Nacional de Literatura, al que muchos habían apostado.

Cuando esto último acontece, me encontraba haciendo un programa radial de difusión artística, donde me refiero al tema y lo analizo.

Efraín Barquero llega a Valparaíso en forma silenciosa y se queda con pretensiones de buscar silencio. Quiere descansar. Las escasas personas que saben de la decisión de radicar en el puerto, respetaron su privacidad.

Es en el mes de mayo del 2001 cuando decido hacerle llegar una carta a este artista que seguí por largo tiempo. El poeta Juan Cameron, informado de la admiración por la obra de Barquero, y aprovechando una visita a la casa del vate junto a su mujer, la grabadora Virginia Vizcaíno, entrega esta misiva en donde le explico mi propósito de escribir algo sobre él. No esperando una respuesta positiva por razones de distanciamiento curricular, me propuse en silencio un plazo de tres meses. Sin embargo, dos semanas después un llamado telefónico del propio Efraín Barquero, me anuncia luz verde para este proyecto.

Como lo expresé al inicio, me parece que todo fue un presagio.

Inicié este trabajo con el entusiasmo imaginado, robando el tiempo precioso del maestro, a comienzos del mes de agosto del año citado.

ENTREMOS EN EL TEMA

Fui a su departamento el sábado 4 de agosto del 2001, a las 18 horas. Aquella experiencia representaba una prueba de responsabilidad con la palabra escrita, la alegría misma que afloraba por mi rostro, especie de sonrisa salida de un niño y que trataba de disimular mientras caminaba por las calles próximas a destino.

Como uno tiene claro que para este tipo de citas hay que ser lo más puntual posible, una vez que tuve en mis manos la ubicación de su domicilio, media hora antes comencé a estructurar estrategias que me permitieran estar frente a su casa a la hora señalada.

No pude cumplir con este propósito. Tengo la impresión que nunca he sido bueno para la precisión horaria. Estuve frente a su puerta diez minutos antes. Para colmo de colmos, cuando me instalo en el enrejado metálico del edificio, donde hay que presionar botones con la numeración de los departamentos, al tocar el timbre una muchacha que iba saliendo me permite ingresar. Es decir, una vez que la puerta de la casa del poeta se abre, yo estaba como un fantasma frente a ella.

Me recibe su esposa Elena Lucía Cisternas, y una vez que le explico mis errores, ella sonrío y me hace pasar al domicilio. El poeta en ese instante se encontraba en el segundo piso. En el momento en que es avisado, en esa espera de segundos, comenzó a circular por mi mente el recuerdo del norte cuando vendí mis primeros opúsculos poéticos al nombrarlo. Es así que, cuando está frente a mí, se produce una confusión de épocas, como si nada hubiese transcurrido al paso de los años. Entonces, Barquero invita a sentarme e iniciamos el diálogo de inmediato. Así conocí al maestro después de tanto tiempo, en que caminos distintos tejieron esta historia que reúno ahora. Fueron ejecutadas en el puerto de Valparaíso, con una helada de invierno que entraba a los huesos.

EL POETA

Para hablar de Efraín Barquero, a juicio de muchos, después de Neruda uno de los mejores poetas chilenos del siglo 20, habrá que centrarse en aquel campesino, hijo único, nacido en Teno en 1931. Porque su poesía al paso de las décadas, aun después del exilio, siempre ha vuelto a sus raíces. Premio Nacional 2000 más que merecido, pero Chile con la terquedad de siempre deja sin reconocimientos a sus mejores valores. Estos mueren luego, y el país se cruza de brazos.

Cuenta Barquero que al nacer, y puesto que su madre al dar a luz enfermó gravemente, fue amamantado por una mujer del pueblo: “Una mujer de negro a quien nunca conocí después, había tenido -según me han contado- por esos días un niño; y como todas esas madres bullía de buena y poderosa leche”.

Su infancia la vivió en un lugar cercano a Teno denominado Piedra Blanca, y es tan fuerte el apego a este sitio agrario, que lo ha llegado a considerar natal, con costumbres campesinas que conserva aún hasta sus setenta y un años. Es el acercamiento al silencio, dice él, ese pudor a la publicidad y, por consiguiente, a resguardar la vida privada.

Hasta mil novecientos treinta y cinco, es decir, en el momento en que tenía tan sólo cuatro años, vive en Teno, el lugar menos poético -al decir de sus palabras- existente en la geografía chilena, sin horizontes, de cantinas prolíferas y donde no se veía libros en los contornos.

Entonces Barquero se considera un hombre que nació sin sus herramientas necesarias, aunque éstas fueron la tierra misma, los hombres. De aquel tiempo sólo recuerda dos textos en casa de su abuelo. El primero fue la Biblia, que tuvo miedo de tocar cuando aprendió a leer. El otro, denominado “El Averiguador Universal”, con fechas que indicaban la plantación de semillas, injertos, almácigos.

Con todo, comenzó a escribir más o menos a los ocho años cuando ya se encontraba en Piedra Blanca. No poesía, sino más bien unas increíbles crónicas deportivas. Como se trataba de un lugar sin entretenimientos para los niños, le llamó la atención observar el fútbol, que por aquel entonces era el único deporte que se practicaba en esos lugares. Y puesto que tenía imaginación y no encontraba cómo ordenarla, inició la labor de recrear, con palabras,

este deporte. Estos escritos aparecen luego publicados en un diario de Curicó llamado La Idea, donde estrena un seudónimo divertido: "Centro Mirón".

Eran crónicas ficticias, porque incorporaban todos los términos técnicos de la prensa futbolística de Santiago y que luego transformaba a su propio lenguaje. Pero conservaban un peculiar interés y a la gente les gustaban. Esta fue la primera experiencia de Efraín Barquero en las canchas de la palabra.

Su nombre real es Sergio Efraín Barahona Jofré. Los padres fueron Efraín Barahona y Rosa Amelia Jofré. Y el seudónimo que luego pasa a ser patentado, lo incorpora al mundo de las letras en 1954, en los momentos en que sale editado su primer libro: "La Piedra del Pueblo", obra escrita en 1952.

Los tíos Barahona eran entre ocho a diez, números casi míticos que se dan en su poesía, pero en general la familia se agranda mucho más, porque no sólo estaban los hermanos del padre, sino los tíos y tías abuelas. Todos vivían en casas distintas pero en un mismo terreno, construidas con adobe y tierra. Eran pequeños propietarios o terratenientes.

Más distante fue la familia de la madre. El vate recuerda haber visto a los abuelos maternos una sola vez en su vida. Siendo niño trae a la memoria el momento en que fue a dejarlos a una estación ferroviaria.

Por su condición física un tanto enfermiza y porque tenía el sentimiento de la muerte muy dentro, el poeta no fue enviado tempranamente al

colegio. Se aislaba, le gustaba la soledad. Otro motivo es el cuidado de los abuelos, con quienes pasaba gran parte de sus horas infantiles.

Aquel temor a la muerte comenzó después de haberse servido una Bilz con la propia botella. En ese momento se dio cuenta que al gollete le faltaba un pedazo de vidrio y comenzó a sentir pánico. No podía dormir en las noches y aquella amenaza fue transformándose en un tormento. Al paso del tiempo no recuerda cuanto duró esta lucha. Lo concreto es que para dormir en las noches debía hacerse presente alguien mayor frente a su lecho. Solamente lo calmaba la presencia de todas las personas de edad: "Como si estuvieran hechas de un material más resistente que los jóvenes", dice el poeta.

Más tarde cuando estaba sumido en sus tareas escolares, sorprendió un día cualquiera a la tía Sara dialogando con su madre sobre los sucesos recientes: "No hay que darle mucho estudio a este niño, Rosa. ¡Es tan débil de cerebro!".

En su niñez también está Pío Baroja. No sabe en qué momento ni quién trajo a este autor español a ese pueblo donde los libros escaseaban. Lo cierto es que fue por la época de la revolución española y aquel nombre quedó grabado en su cerebro, más por la forma que por

la lectura. El personaje le sonaba como un cielo lleno de aves terribles. “¡ Por allá viene Pío Baroja! ”, le decían en las noches cuando no quería comer ni acostarse.

Sus amigos de infancia fueron hombres de trabajo, labradores, campesinos y también panaderos. Por otra parte, el quehacer de su abuelo Daniel Barahona Barahona, apicultor, le interesaba bastante.

“Que bueno que haya tenido un abuelo campesino que en mi infancia no me explicara demasiado las cosas, sino que las callara, con ese silencio que ayuda tanto a los seres”.

Dos elementos, en consecuencia, están insertos en su poesía: la miel de las abejas y el pan, este último consagrado a la experiencia de su padre, que mantuvo por largos años una panadería, además de otros negocios.

Pero la cercanía al pan no sólo la tuvo por la puesta en funcionamiento de aquella panadería, sino mucho antes, cuando veía a su madre en el horno de barro, o en el momento que la observaba amasar en la batea. Fueron, sin duda, sentimientos imborrables desde la visión de un niño. El negocio fue instalado cuando tenía seis años. Gustaba mirar la hechura del pan, la sabiduría del panadero, la parte humana de estos hombres.

El abuelo también fue quien lo impresionó mucho en su infancia. Lo conoció siendo pequeño aún. Quedaron su figura y la manera de ser, aquella sabiduría de la naturaleza y el conocimiento del mundo de las abejas.

El poeta recuerda ver llegar al abuelo junto a las tías Tila y Dina, una a cada lado y en los contornos muchas voces de hombres trabajando y que, en ese momento se confundían con el canto de los pájaros, el viento y el zumbido de las abejas.

Mientras ayudaban a sentar al anciano de barbas blancas, Barquero se sentía observado por él. Lo miraba largamente como si estuviese traspasando su sabiduría a la vida nueva. Y por la forma en que todos lo trataban, incluida la misma escolta de sus tías, le daba a entender que este hombre aún era el eje de esa casa.

Lo cierto es que nunca pudo escuchar su voz, o bien la siente más como un murmullo que sale muy parecido a la naturaleza que lo circunda. Pero es claro que le dio muchas muestras de cariño, y aquellos silencios,

repetidos a diario, eran la paz que la tierra ejerce en los hombres en alguna etapa de sus vidas.

Para Efraín el abuelo se transforma en el primer ser querido. El que en sus años de juventud construyó la casa con sus propias manos, y que ahora es el personaje que está detrás de la escena. En esa construcción hecha de barro interminable, todos los objetos habían sido distribuidos por este abuelo, y cada uno quedó ubicado en ese lugar y para siempre: utensilios, reloj de pared, mesa, lecho, etc.

Es precisamente esta casa la que el poeta considera como la “**casa del mundo**”, madre de todas las demás que él pudo conocer. Es aquí donde queda aferrada la visión y el poder creativo, la oscuridad, el silencio, la humedad, los árboles centenarios, la sombra, el arcón viejo donde guardaban la miel.

Más allá de todas las escenas está también la abuela, a quien el vate recuerda al fondo de las habitaciones, entregando el trabajo más valioso para los hombres, la ejecución de exquisitos alimentos.

Aquellas construcciones en el campo, para continuar con el tema de la casa, el poeta las grafica como de altos muros y escasas ventanas, donde en cada habitación vive un ser desconocido que deja su rumor misterioso, las sombras y las voces.

Pero en la suya el comedor cobra vital importancia, es el lugar de reunión de la gente y en que se rearma el vocablo. En este sitio se puede apreciar más de cerca la bondad de su madre, entregándole aquel alimento fresco. Es acá, en este mismo espacio, donde conoce más a los seres humanos, los ve en su forma y desarrollo.

Rescatando nuevamente el tema del abuelo, esos silencios y observación que son importantes en la escritura del poeta, al paso de muchos años (1992), nos muestra imágenes ricas en sabiduría y que tienen que ver con esa relación entre un niño y una persona anciana. Es precisamente en su libro “El viejo y el Niño”, que nos encontramos con visiones hermosas, necesarias y para palparlas un poco: “El viejo pasea con el niño y es como si uno condujera al otro, como si uno abriera los ojos y el otro los cerrara. Parece canturrear el viejo y el niño dormir. Cuando uno habla, el otro mira fijamente su boca fascinado por este ojo recién abierto, por este ojo que habla. El niño nunca toca la cabeza del anciano pero sí su boca, como para decirle a ésta que hable siempre, que jamás se duerma. Y el anciano de boca más vieja que todas las cosas, se sonríe, dudoso, sin saber con qué parte de la cara se ríe. Y son idénticos cuando sonríen, cuando se miran y se escuchan sonreír, porque entonces tienen los ojos del mismo color y el rostro del mismo porte. Se agranda el rostro del niño y se empequeñece el del anciano, porque uno se sonríe hacia fuera y el otro hacia adentro”.

Cuando lo enviaron a estudiar a Curicó, con retorno una vez por semana, se arranca del establecimiento y aparece en su casa por las noches. Sus padres lo hacían regresar a la mañana siguiente. El tema es que a él le preocupaba aquella panadería pequeña. Por otra parte, el hecho de haber sido enviado a Curicó le significó como un destierro y la semana se le hacía larga.

Hay que hacer notar que desde su niñez Barquero fue muy observador, por lo tanto la fabricación del pan representaba una proeza. El problema radicaba en que los panaderos de entonces eran anárquicos y temperamentales en el cumplimiento de sus deberes, y sin previo aviso faltaban en la noche y la masa quedaba fermentándose sin ser cortada en panes. Es decir, el caos estaba en todos los rincones.

Entonces el amor del poeta y la preocupación eran tal que llega a expresar: “Yo no habría reconocido el advenimiento del día si no me hubiera despertado el olor a pan caliente y el murmullo que crecía sobre la casa hasta muchas cuadras a la distancia. ¿Cómo no iba a estar inquieto sin saber si mis amigos, los panaderos, estaban o no en sus puestos?”

Lo cierto es que ellos faltaban a sus faenas por irse a beber a las cantinas.

Junto a su padre se trasladaban a Curicó para buscar reemplazantes que lograran dar funcionamiento a aquel negocio que requería de una responsabilidad constante. Para los efectos se dirigían al Sindicato de Panaderos, pero como los resultados la mayoría de las veces eran

negativos, debían conformarse con llevar algunos “huachos”, nombre que daban a aquéllos que no estaban afiliados a la organización.

Es decir, la preocupación por mantener la panadería era una lucha de todos los días.

Sin embargo, los panaderos fueron los primeros amigos verdaderos que tuvo Barquero. Ellos, según recuerda, se ponían ropas blancas de tocuyo y se desplazaban con agilidad por los contornos de la pequeña fábrica. Eran hombres que provenían de distintos lugares del país, del norte, del sur, y traían tras sus espaldas cientos de tragedias. Pero a la hora de iniciar la faena de amasar el pan, se transformaban en seres honorables, se entregaban con pasión y sacrificio.

El poeta al paso de los años siempre ha mantenido sus nombres, como si esos hombres fueran sombras eternas, acompañantes de sus caminos: Fierro, Canales, Chirujo, Reyes, Benavides, Garrido, Vilches. Es más, en el momento de las meditaciones, se pregunta en forma constante si ellos habrán muerto o si aún siguen amasando el pan.

Se podría decir, concretamente, que su familia estaba compuesta por hijos de pequeños terratenientes. Su padre, aunque campesino también, aprendió música en solitario, idiomas por correspondencia y hasta matemáticas, pero según Barquero: “Le fue mal en todo porque no tenía dotes para el comercio. Era un intelectual en ciernes. Le fue mal a mi padre. Yo sentí esto sin poder ayudar. Allí hubo un drama, de impotencia mía”.

Y es que, en realidad, su padre no andaba nada de bien en los negocios. La panadería comenzaba a naufragar. La madre del poeta, en esos momentos difíciles demostraba gran voluntad, y según comenta el vate, sin ella es posible que el barco se haya hundido con más prontitud.

Por otra parte, habría que decir también que el pequeño Efraín contribuyó de alguna forma a la catástrofe. Una de sus pasiones tenía relación en que el pan debía ser más grande y mucho más hermoso. De esta manera se las ingeniaba para ingresar al cuarto de amasijo, con el firme propósito de cambiar las reglas del juego, de ser más solidario con la hermosura. Entonces se subía a los sacos de harina para alcanzar altura y agregaba mayor cantidad de

gramos a la pizarra indicadora, es decir, al peso respectivo de las unidades que mucho antes su padre había dispuesto.

Por supuesto que esta acción alteraba los gastos y empequeñecía las ganancias. Pero lo curioso, y esto es lo que se pregunta el poeta una vez ya maduro, por qué su padre nunca se dio por enterado.

Otros hechos están relacionados con la quiebra del negocio.

En muchas oportunidades fue enviado a entregar pan por los campos de Comalle y Rauco: “Yo realizaba lo mejor que podía este encargo, pero me era imposible resistir la tentación de regalar todo el pan que nos sobraba. Sin embargo: ¡Qué hermoso es, en algún camino, entregar el pan sin mancharnos las manos con el dinero!”, gritaba.

En su etapa primaria la casa fue mucho más importante que ir a la escuela. Aquí ya se estaba formando el poeta de verbo poderoso que sería al paso del tiempo.

El padre del vate fallece en 1954, en el mismo año en que aparece su primer libro “La Piedra del Pueblo”, y en el momento preciso en que cambia su nombre y comienza a resonar Efraín Barquero como poeta. Su madre, en cambio, muere mucho más tarde, en 1991 en Teno, cuando el poeta ingresa a Chile por primera vez después de su prolongado exilio.

Por consiguiente, esta primera obra se transforma en algo doloroso para el poeta porque coincide con la muerte de su padre, quien fallece de tuberculosis en la primavera del año señalado. Ve en esa noche a uno de sus tíos acompañarlo alumbrado de una vela, mientras don Efraín Barahona se ahoga. Se trataba de una larga enfermedad que lo fue consumiendo con una tos constante que traspasa las paredes de su casa. Barquero dirá en un momento: “El recuerdo de mi padre es lo único que suele, en algunas ocasiones, sostenerme, a pesar del peso de su abrumadora contradicción”.

El poeta no asistió tempranamente a la escuela. Como lo expresamos anteriormente, se mantuvo en casa, alejado del mundanal, cercano a la soledad. Sus padres lo entregaron a una educación privada. Y lo que recuerda, en cuanto al contacto con personas de su misma edad, es el ingreso al Liceo de Hombres de Constitución, cuando cumplía once años (1942). Es aquí donde, incluso, inicia su primer acercamiento a la poesía y participa con el resto de los muchachos en todas las actividades que la nueva vida le pone por delante.

En ese lugar, más que por el estudio sistemático, se doblega ante la naturaleza.

Cuenta el poeta que allí se siente verdaderamente libre apretando cercano, con sus ojos, al río Maule, y donde han de esperar los buenos amigos de sus padres: Adrián y Javiera, Y en medio de esa inmensidad de la desembocadura fluvial se confunden en él dos cosas: el crecimiento y el estudio.

Su libertad se transforma en algo mágico junto a sus nuevos compañeros, ocasión , además, en que por vez primera ve los navíos orillando la inmensidad acuática. Aquella visión juvenil

la define posteriormente: “Era como un perfume que se derramaba a lo largo de todo el espacio y nos inundaba, como a un solo cuerpo, entrando por los ojos y saliendo por nuestras bocas en esa violenta carcajada que estalla en nosotros, en alguna fecha de la juventud, en que todo lo que nos rodea explota, y nosotros mismos parecemos un tanto confusos”.

Casi como un desquite o desahogo por esa ausencia de libros en los lugares donde vivió anteriormente, empieza junto a sus amigos más cercanos a leer todos los textos existentes en la biblioteca del liceo, comenzando por la literatura chilena y española, más las obras seleccionadas de autores extranjeros. Pero en esta hambruna por el conocimiento no dejaron atrás a Mariano Latorre ni a Jorge González Bastías, autores que los hacían contagiar aún más con esa zona. No se quedaron sólo en esto, sino que continuaron adentrándose con avidez en todos los escritores nacionales. De igual forma, como era en ese momento fácil de conseguir, se apoderaron completamente de la colección Sopena donde lograron encontrarse con narradores como Dickens, Dostoiewski, Víctor Hugo, Lamartine. Pero todavía nada con los clásicos. Eso lo dejaron para más tarde, con cautela.

Lo concreto es que en esa época era bastante poco lo que se leía. Por esta razón, junto con su amigo Jorge Rojas dieron bastante trabajo a la bibliotecaria del liceo que ante tantos pedidos había quedado más que confundida. Es más, al paso de los días, junto a otros lectores comenzaron a llevarse los libros a las casas frente a un espectáculo que dejó a los profesores asombrados hasta el momento de sus jubilaciones. Esto mismo trajo consigo, por cierto, una mayor sapiencia en algunos alumnos, quienes lanzaban preguntas al maestro de castellano con temas que no estaban dentro de su envasado programa.

En cuanto a los inicios poéticos de Efraín Barquero se podrían tomar varios puntos de referencias. Por esta razón el lector se encontrará más adelante con otros pasajes que están relacionados con el tema. Valga la explicación respecto a esto para no aparecer como cojitranco, sino más bien porque se le ha querido dar esta dinámica al texto.

Es probable que muchos entornos y momentos estén insertos en estas primeras pinceladas de la literatura barqueriana.

Por qué no citar, entonces, la amistad que tuvo con el padre de uno de sus íntimos amigos, don Alonso Muñoz, hombre tildado de extravagante y quien daba fama a su forma de ser cuando en más de una ocasión pintaba de cebras a sus caballos, haciendo escandalizar a sus vecinos en aquella quinta que tenía frente al río.

Este señor hizo escuchar por vez primera melodías de Bach al futuro poeta. Fue en una noche sorpresiva cuando se encontraron flotando en un bote escuchando esa música que salía de una victrola. Así lo explica: “ Ni Walt Disney fue capaz de darme, más tarde, en “Fantasía”, una imagen cósmica tan grandiosa de la música de Bach como la que me dio don Alfonso ayudado por la gran noche fluvial, inmensamente estrellada y con círculo en la luna”.

Si nos concentramos en esto como apertura de las imágenes, más las ávidas lecturas, podemos entender el intento de las primeras escrituras en versos, cuando misteriosamente camina por las laderas del cerro Mutrún con un papel en sus manos, tembloroso, tratando de acercarse a un gran momento.

Entonces se le van apareciendo escenografías distintas en que el mar y la desembocadura del río cobran importancia, además de los faluchos en los astilleros.

Pero este intento es fallido, porque al margen de las visiones especiales como las gaviotas en el cielo y el aire marino que pretende darle una entrada en este nuevo camino, el papel se mantiene intacto, en blanco, sin que una sílaba bailara en esa expansión solitaria como de nieve.

Hay otros intentos en el correr de los días, pero al final se da cuenta que muchos jóvenes en aquel momento tratan de sacudirse la influencia de escritores mayores. Barquero reconoce que al comienzo imitaba a Rubén Darío o Gustavo Adolfo Bécquer, pero la poesía de Neruda lo hace situar en el Siglo 20.

Toda esta etapa de afloramiento artístico trae sus consecuencias. No sólo los padres se sentían asombrados de estos cambios en algunos jóvenes, sino también los profesores que veían a los muchachos ausentarse constantemente de clases. Sin embargo, hay que recalcar que aquéllos que se juntaban con Efraín no eran malos estudiantes, por el contrario, todos sacaban notas sobresalientes.

Sin embargo, la atracción que sentía Efraín Barquero por la naturaleza era su modo de existencia. Prefería ir a la desembocadura del río Maule, a observar sus aguas caudalosas y la misma inmensidad fluvial. Se detenía a mirar el muelle cercano y desde la ribera veía pasar a los campesinos con sus frutos, leña y carbón. Había un imán hacia todo eso y al mismo tiempo por los astilleros. Comenzó a querer el sonido de los faluchos en reparaciones, el diálogo de hombres de campo y pescadores. Y es probable que de aquí provenga su seudónimo, aunque éste para él es bastante mítico, porque está relacionado también con su pieza de infancia con dos imágenes al tacto. En la primera una madona con un niño en brazos, y la otra era una pintura naif que tal vez le habrían regalado a su padre, donde se apreciaba la ensenada nocturna y misteriosa junto a un barquero. Mucho más tarde escribiría en su libro "Enjambre": "Entre todos los mares -el más distante y azul de la infancia, y el oleaginoso y de mundo en formación, de los viajes- me gusta el mar de los puertos, el más humano de todos, con su traje manchado de grasa y su rostro gastado por el hombre".

Si seguimos hurgueteando en el por qué de su seudónimo tendríamos que decir también que en ese mundo campesino, duro, era bastante difícil mostrar sentimientos, daba un poco de vergüenza; entonces, por esta razón, era necesario ubicar un nombre sustituto para no ser identificado.

Volviendo al tema de los inicios poéticos, Barquero, aunque no tuvo un acercamiento a los textos, se acomodó con los que pudo encontrar en esa precaria biblioteca de Constitución.

Se siente alegre, en todo caso, de que haya sido la materia, el hombre mismo, el factor fundamental de sus escritos. A diferencia de otros intelectuales que pueden acceder a fastuosos lugares de estudios, él encontró lo que había y lo devoró.

Al poeta le corresponde en Constitución escribir el himno del liceo, pero allí tuvo como enemigo a su profesor de castellano, quien no quería que el muchacho de doce años se dedicara a la ejecución poética: “No me ayudó en nada. El quería que me dedicara a leer a los clásicos y no le hacía mucha gracia que optara por escribir. Además, era director de la revista del liceo”.

Por ese tiempo junto con Octavio Guzmán, Alfonso Chamorro y Diego Castro, gustaba encumbrarse al cerro Mutrún, desde donde se podía apreciar el patio del liceo. Ubicados a esa altura los muchachos observaban al resto de los alumnos cuando se formaban para entrar a clases e iban contando y marcando las horas, los campanazos del recreo, y se sentían verdaderamente poderosos, con capacidad para enfrentarse al mundo circundante. Pero en ese liceo mixto la disciplina era rigurosa y los alumnos tenían que cuidarse constantemente de las acusaciones: “El rector había organizado una verdadera “gestapo” para hurguetear nuestra vida más allá de la intimidad. El demonio está ahí, a unos pasos, y los profesores huelen cada mirada que damos a nuestras compañeras”.

Más tarde lo expulsan de ese establecimiento por asuntos amorosos. Fue en el momento en que se preparaba para el bachillerato, cuando se produce una especie de revelación. Todo el entorno viene a él y da vueltas por su cabeza y comienza a sentir sensaciones distintas. Por cierto había llegado el momento de sentir junto a su cuerpo el cuerpo de una mujer, donde toda la luz de la primavera se proyecta en sus caminos. Cuenta Barquero sobre el alboroto de los estudiantes que, incluso, se animaron, posteriormente, a llevar adelante algunas huelgas: “Yo fui expulsado por demostrar sin tapujos mis sentimientos amorosos, y mi amigo Mario Carvajal, por ser el presidente del Centro de Alumnos y por apoyar esta “santa cruzada”, aunque no tan santa, pero bella”.

La situación, por la arbitrariedad, llegó a Santiago y Carvajal habló con el Ministro de Educación de la época, Armando Mallet y hasta con el Presidente de la República, Gabriel González Videla.

La noticia apareció en diarios como “Noticias Gráficas” y en la revista “Topaze”. Esto, por supuesto, no causó gracia al poeta y menos a sus padres. Los resultados: lo trasladaron interno al liceo de Talca. Sin embargo, la recompensa fue que en dicho establecimiento lo recibieron bastante bien, algo así como cuando acogen a un desterrado. Incluso el mismo rector del establecimiento quien, además, había escrito un libro de poesía, le da la bienvenida. Y como su nombre de poeta ya circulaba por haber sido el autor del himno del liceo de Constitución, los aplausos fueron mayores. Aquel canto poético lo compuso en conjunto con un músico francés, que era el profesor del ramo. Pero Barquero tiene plena seguridad que éste fue cambiado posteriormente a raíz de las huelgas estudiantiles, por

rebelarse contra la dirección del liceo que prohibía toda relación entre jóvenes. Situación anormal de aquella época, porque se trataba de muchachos de entre 14 a 16 años.

Cuando definitivamente deja el liceo para iniciar sus estudios de Pedagogía en Castellano en la Universidad de Chile, comienza a desarrollarse en él un sentimiento distinto, cree que el último otoño vivido en el lugar de sus padres, ya no será igual en ningún momento.

Este es, por consiguiente, el universo poético de Barquero: la casa, el pan, la miel, la naturaleza, la vida, el alejamiento.

Para mantener contenta a su madre decide en Santiago, instalarse en la casa de unos amigos de la familia.

La capital para él es totalmente desconocida y fría. Por esta razón encuentra poco sentido a su vida en esos instantes. Si bien es cierto que su existencia en provincia fue pobre, esto no alcanzó a notarlo, porque como bien lo dice: "La pobreza del campo o de los pueblos tiene una esperanza y nunca pierde su dignidad y su decencia".

Es entonces en Santiago donde comienza a conocer la miseria con todo su poder, el contacto con el fierro y el cemento. Pero también hace algunas diferencias: aquí existe la posibilidad de palpar los libros, de estar junto al arte y evitar ese polvo constante que mancha los textos en ciudades pequeñas y campesinas.

Se matricula en el Pedagógico e, independiente de sentir pasión por la observación de la vida, del entorno, característica acentuada desde niño, asistió con satisfacción a algunas clases, sobre todo con maestros como Ricardo Latcham y Mariano Latorre. Otros ramos no le gustaron.

Estudió varios años la carrera de Pedagogía en Castellano, interesándole más, sin embargo, la observación de la miseria, la pobreza de los barrios. El mismo vivió en lugares extremadamente pobres.

En consecuencia, no terminó dichos estudios, aprobando sólo algunos cursos.

Fue encandilado por la vida de Santiago. La poesía estaba presente con más fuerza.

Para Efraín Barquero no es difícil graficar el entorno capitalino, con sus calles llenas de vicios y los innumerables barrios pobres. Es decir, y como se explicó anteriormente, si bien ya había vivido la pobreza en provincia, en la capital la situación se agudiza. Y es en esta circunstancia cuando, al paso de los años, viene en camino la preparación de su primer libro.

En Santiago al inicio de su carrera de pedagogía vive en la casa de unos amigos de su familia, en Rogelio Ugarte, cerca de la Avenida Matta. Ahí se mantuvo alrededor de un año. Era gente muy generosa, pero él no se habituó a la forma de vida. La condición pequeño burgués se contrapuso a la sencillez de Efraín. Por lo tanto, aguantó lo que pudo y al poco tiempo se rebeló y salió a capear la vida: "En una casa donde debemos andar con los ojos vendados por el prejuicio, rompo con la hipocresía de una existencia guardada, rompo con lo

más íntimo de mi corazón, con cierta comodidad sentimental y mental. Y rompo también con algunas personas”.

Es el momento en que la existencia se le complica y arrienda una pieza pequeña en un cité, en la calle Thompson, muy cerca de la Estación Central, donde tiene que sentir a diario el temblor de las paredes por el paso de los trenes.

Comienza la vida bohemia a rondar por los rincones de su existencia, comiendo un poco por acá y allá. Y empieza a conocer a los personajes de la calle traducidos en prostitutas y lavanderas. Además, rescata olores nunca antes conocidos, a pocilgas, a conventillos.

Son contornos insanos, de hombres que han perdido la esperanza de vida, con sus rostros amarrotados por el alcohol y donde no hay ni un rastro de infancia.

En su observación rescata sí a los obreros, a quienes encuentra fuertes y saludables, distintos al resto, casi como hechos de la vida misma, en sus formas de caminar y de organizar la existencia.

En la capital alterna con poetas como Alberto Rubio, Enrique Linh, Jorge Teillier, Rolando Cárdenas y otros escritores de generaciones anteriores. También con pintores o grabadores como Santos Chávez y Julio Escámez. Pero, además, con mucha gente de teatro, mimos, etc.

En el Saint Lager, que era un bar restaurant de la época y que estaba ubicado en Huérfanos frente al Bim Bam Bum, se reunían los jóvenes intelectuales junto a Ricardo Latcham, a quien todos agasajaban para que éste les pagara la invitación a comer y a beber. Con él mantenían conversaciones de altura, además que Latcham respondía a las preguntas que los poetas y escritores formulaban. Se juntaban casi todas las tardes, pero no sólo ahí, sino también en sitios como La Piojera, La Tinaja . Habría que recorrer todos los bares de la época y toda la gente que asistía a esas tertulias, porque fueron bastantes.

Siempre estaba junto a ellos el poeta Molina, quien era un gran conversador y ávido bebedor. Barquero explica: “menos mal que yo sabía beber, había aprendido esto desde joven. Para mí el vino, como la tierra, siempre estuvo muy cercano, como festejo, espiritualmente, como sinónimo de expansión, de camaradería. Por cierto, como algo positivo, no arrimándome a los excesos. No recuerdo haberme emborrachado, jamás. Y he bebido bastante, durante días y noches, pero siempre tuve la costumbre de retirarme a tiempo. No me gustaba esperar el momento en que todo se degrada, esa parte no la soportaba. Es decir, aprendí a beber entre comillas. Me tocó ver a poetas con una serie de ataques en lugares públicos, cayéndose y levantándose, como un triste espectáculo para observar. En muchas oportunidades tuvimos que trasladar a la Posta Central a Jorge, acompañado de Rolando Cárdenas y otros escritores. Pero para mí siempre estarán el pan y el vino como grandes símbolos no sólo de compañerismo, sino también de la vida misma”.

En consecuencia, en la creación y formas de vida del vate hay muchos elementos religiosos, pero una religión terrestre. Cercanía de simbolismos cristianos traducidos en la mesa, el pan, el aceite, el vino, el cáliz.

Cuando el poeta reflexiona sobre estos temas ahora, en los momentos de esta conversación, y se concentra en su libro "El Regreso", donde se inserta el diálogo del hijo con el padre muerto, dice: "Esto no se lo perdono a un crítico conocido en el país, porque él sabe perfectamente que "El Regreso" tiene un gran valor. El no lo tolera porque ahí, un poco, el padre viene a ocupar el papel de Dios. Es decir, es una religión humanizada en el hombre. Esto fue muy valorado en Francia".

Siguiendo brevemente con el tema de "El Regreso", editado en 1961, hay quienes opinan que a partir de este libro saldrán los mejores poemas posteriores del autor. Por lo menos es el pensamiento de Jaime Valdivieso en entrevista realizada en 1998, quien afirma que el aliento de poema más extenso, sirve de sostén a la poesía ceremonial, litúrgica, que irá profundizando y afinando cada vez más. Leamos algo de este trabajo: "Padre, no pensé que un día al sentarnos a la mesa, estarías tú extendido como la más copiosa de las cenas. Y serías tú mismo el dispensador de tu tierra más oscura. No pensé que al reunirnos una última vez, tú crecerías de ti más arriba que nosotros. Y estarías sentado en el silencio de los frutos. Como lentos y cansados sembradores, en la gran mesa de la tierra, todos somos a la vez comensales y extraños frutos de los dioses".

¿Cómo subsiste el poeta en los tiempos de estudiante?. La respuesta es la más lógica: "del aire". En otras palabras, de la generosidad de algunas personas que lo podían invitar a almorzar o a cenar. También reconoce Barquero que su madre le enviaba mensualmente algunos pequeños salvamentos traducidos en algo de dinero y alimentos. Pero éstos eran despachados rápidamente, con sus amigos poetas en una gran fiesta. A veces la madre le enviaba un cerdo entero, que él iba a buscar a San Bernardo junto con un amigo. Como se trataba de un inmenso animal tenían que cargarlo entre dos. En alguna ocasión también le llevó a Neruda un trozo de este alimento. Rosa Amelia Jofré, y esto ha quedado en la memoria de Efraín, era experta en preparar chancho a la chilena.

Es más, ella, como una santa, jamás olvidó a su hijo único que había tomado el difícil camino de la poesía.

Desde la calle Santiago Arcos envían mensajeros por todas partes cuando llegan estas encomiendas. Entonces van apareciendo los invitados por montones, unos se van y otros llegan. Se sientan en cajones de manzanas y otros en el suelo. Ahí también aparece Samuel Donoso, de la misma tierra de Jorge Teillier quien, según grafica el poeta parece salir de un libro cualquiera de Dickens o de Mark Twain. Lo curioso de Donoso es que cuando se le preguntaba ¿Es usted poeta?, él respondía con voz poderosa salida desde el fondo de la tierra, casi de inmediato: ¡ No, Soy Profeta!.

Samuel Donoso, que parecía no haber comido en abundancia en unos buenos días, al final de la fiesta, luego de hartarse de exquisita carne y excelente vino, casi siempre le daba por ponerse a llorar, lo que dejaba atónitos a todos los que le rodeaban, porque a nadie le quedaba claro si era por compasión hacia sí mismo, o, sencillamente, debido a que el festín había llegado a su fin.

En el tema del traslado a Lo Gallardo, para escapar de la bohemia capitalina, lo que también expresaremos más adelante, tiene mucho que ver el cineasta Sergio Bravo.

En Santiago Arcos, a Barquero le correspondió compartir su pieza con él, en una habitación separada sólo por un tabique de papel. En ese momento, Bravo tenía serias dudas si se titularía de arquitecto o seguiría el camino de cineasta. Sin embargo, más adelante llegó a convertirse en, nada menos, creador del Cine Experimental Chileno.

Con dicho cineasta Barquero compartió largas jornadas donde dialogaban sobre distintos temas relacionados con el acontecer artístico de nuestro país. A estas conversaciones también invitaban al amigo de

siempre y quien había sido presidente del Centro de Alumnos del liceo de Constitución, Mario Carvajal.

Pues bien, volviendo al tema de las comprensiones artísticas, hay que decir que los progenitores no entendieron del todo el acercamiento a la poesía de nuestro entrevistado, la que, a medida que pasaba el tiempo, se había ido introduciendo con fuerza en los poros. Pero después, la señora Rosa Amelia Jofré y los tíos, empezaron a comprender la situación porque personas extrañas le hablaban del vate. Fue el momento en que se dieron cuenta que esto tenía cierta importancia en la vida del hombre, y que servía de algo. Pero en general a la gente de la zona le gustaba poco el tema, porque eran ricos hacendados preocupados de un mundo distinto.

Teno, el sitio de nacimiento del poeta, es un lugar que le desagradó porque no habían industrias o algún yacimiento minero, ni bosques, ni trabajos madereros. Distinto era Constitución con sus faluchos y fábricas. El campo comenzaba en Piedra Blanca, ahí estaba el quehacer agrícola. Otra cosa también era el lugar donde había nacido su madre, en Quinta, pueblo vitivinícola, de grandes cosechas.

Sigamos. Los poetas en la capital se las arreglaban para hacer una vida literaria bastante extensa, con recitales y conferencias en lugares como la Sociedad de Escritores de la época, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile y en diversos institutos culturales y casas de la cultura.

Barquero reconoce que por esos años el apoyo era diferente al de ahora, tal vez más verdadero. Plantea que en la actualidad hay una confusión bastante grande, donde todos los

muchachos quieren ser famosos rápidamente, para tener medios materiales y no por su trabajo mismo.

“A mí me costó mucho emprender. A todos. El primer libro lo pagaron mis amigos. Las editoriales no publicaban. Ahora, en cambio, hay otra relación. Por otra parte, para los poetas de mi generación era más difícil acceder a la información de creadores nacionales y extranjeros. En los tiempos actuales se tiene la garantía de estar más documentado. Pero, sin embargo, hay más confusión, porque los jóvenes están absolutamente metidos en la poesía inglesa. Asimilarse a lo inglés es totalmente ridículo, más aun si se llega a creer que somos los ingleses de América del Sur, lo cual me parece una tontería muy grande”, expresa el poeta.

El contacto con los barrios pobres de la Región Metropolitana, incide en los manuscritos de “La Piedra del Pueblo”. Pero detengámonos un poco, porque antes de este primer libro Efraín Barquero ya había escrito, a los 17 años, otro texto que denominó “Arbol Marino”, que tiene que ver con leyendas maulinas y que no se publicó hasta después de la primera edición de “La Compañera” (1956).

“La Piedra del Pueblo”, sale a la luz por Editorial Alfa en 1954 (más tarde, corregido, lo saca Nascimento), costado por un par de amigos y tuvo prólogo de Pablo Neruda: “La naturaleza y el pueblo se mezclan en la poesía del joven Efraín, formando a menudo una unidad victoriosa. Poeta de clase, popular, campestre y campesino, pone su devoción en los oficios, en las luchas, en los desamparos del pueblo con la naturalidad y el orgullo de su origen”.

Barquero conoce a Pablo Neruda en 1952 a través del escritor Diego Muñoz. Hizo amistad con este último en Constitución, siendo estudiante. Le llamó la atención su manera de ser, con su pipa eterna en los labios. Se acercó a él. Este lo trató muy bien y le informó sobre muchas cosas de la vida literaria nacional. Lo invitaba en las tardes a dialogar en su casa. Era el instante en que Efraín estaba ávido de conocer más sobre los escritores chilenos. Por todo esto, cuando el poeta escribe “La Piedra del Pueblo”, pensó en Muñoz para obtener en cierta forma su opinión. Sin embargo, él sin decirle nada le llevó a Neruda el manuscrito. Al futuro Premio Nobel le interesó bastante aquel trabajo y quiso conocer a su autor. Es aquí, entonces, cuando comienza su relación con Neruda que, por aquel entonces, vivía en Los Guindos, en Santiago, junto a su esposa Delia del Carril, “La Hormigueta”.

Recuerda Barquero que en Constitución, cuando leían a Neruda, se daban cuenta que era un hombre que al paso de los años se transformaba en un material indeleble. De igual forma reafirma, que al llegar a Santiago, dos personas le hubiera gustado conocer de inmediato: Pablo Neruda y don Carlos Nascimento.

En ocasiones cuando desde las graderías del Salón de Honor de la Universidad de Chile, lo veía leer de unos papeles, un amigo le repetía que “era como una llama”. Ahí también estaba Nicanor Parra, haciendo gala de un encuentro de presencias literarias. De todas maneras, el poeta aclara que estas son algunas apreciaciones juveniles y que en el plano de una mayor objetividad, habría que preguntarse si Neruda asumió o no el papel que le correspondía, el compromiso de formador o esclarecedor de nuestra poesía y, por qué no decirlo, de nuestra cultura.

Cuando Barquero tenía 23 años entraba con todo a la literatura chilena. Por esta razón el crítico Hernán del Solar, dijo: “Este poeta desconocido aparece de pronto y se conquista un puesto preferente en la literatura poética nacional...Vigoroso, amplio, incontenible, trae una poesía diferente y profunda. No tardará en demostrar que su talento es uno de los más seguros e incuestionablemente valioso”.

No se equivocaba Solar al afirmar la vigorosidad de esta poesía y lo que vendría más adelante.

Un año después de este espaldarazo de Neruda, el poeta conoce en la Biblioteca Nacional a una estudiante de Bellas Artes de Santiago. Ella es Elena Lucía Cisternas Franulik, pariente de Lenka Franulik, quien sería la mujer de toda su vida y con la que contrajo matrimonio en 1955, siendo los padrinos de boda, Pablo Neruda y Matilde Urrutia.

Ella estaba sentada en uno de los bancos de la Biblioteca, casi como esperándolo. Era el instante en que el poeta comienza a sentir las contradicciones de la vida santiaguina, también el momento en que de alguna manera se arrepiente de haber dejado su carrera. Pero, la verdad, es que deseaba escribir y con fuerza, quería liberarse y crear un mundo nuevo: “Nunca ha dejado de ser mi gran amiga; vino una mujer, la compañera, y algo que la adornaba: un destello que resumía toda mi experiencia; vino andando por el Parque Forestal, entre la humareda azul del otoño...una mujer que me hizo sentir todo el secreto de ser hombre, que vino a darme valor, realidad y envoltura terrestre”.

Hay que decir ¡por qué no! que la familia de Elena Lucía no veía muy bien esta relación. Afirma Barquero: “Imagínese un poeta sin ningún porvenir. Después su madre fue cediendo, era una mujer muy buena, se portó bien con nosotros y con los nietos. Entendió nuestros problemas e indirectamente nos ayudó bastante. Nos casamos sin decirle nada a nadie. Mi madre no tenía información. Se enteró por la prensa. Se molestó bastante. Después vino a Santiago a conocer al segundo nieto”.

Lo concreto es que pololearon más de un año y hubo mucho entendimiento. El poeta, en todo caso, no pensaba casarse. No se veía en esta situación, incluso le molestaba la futura vida, porque la existencia de casado era mirar a la mujer de otra manera, y en ese momento él se consideraba más libre (sonríe Barquero cuando narra estas cosas). Fue una situación difícil, hasta que descubrió que era bastante paternal. O sea, que el no tener familia - así lo descubre al paso de los años- le hubiera hecho mucha falta. Por esta razón expresa: “No me

gusta la familiaridad, pero soy muy familiar. No me gusta hablar de cosas muy personales. Mis padres jamás hablaron conmigo de estas cosas. Hay mucho pudor en este terreno, una forma de ver las cosas de una manera muy campesina”.

Elena Lucía es profesora de Artes Plásticas. Trabajó poco en su profesión porque ellos estaban en constantes viajes.

Más tarde al asesor de Nascimento, Joaquín Gutiérrez, le muestra los originales del que sería el libro de mayor resonancia: “La Compañera”, un canto a la mujer, o a las mujeres en general.

Efraín Barquero junto a Elena Lucía eran asiduos visitantes de la casa de Neruda, antes y después de la separación con “La Hormiguita”, Delia del Carril. Pablo los invitaba constantemente y tenía un trato muy afable con ellos.

Un día estando en la residencia de Neruda, Barquero le hace una solicitud: “No me atreví a dialogar, todavía, con don Carlos Nascimento. Entonces esto es realmente lo único que yo he pedido en este terreno.

Le solicité con bastante temor que me lo presentara. Y su reacción fue sorprendente. Tomó el teléfono y llamó a Nascimento. Neruda fue muy generoso, y le dijo que ojalá tuviera la misma comprensión y deferencia que había tenido con él en otro tiempo. Don Carlos contestó que estaba bien y pidió que fuera a verlo inmediatamente. Desde la casa de Pablo le llevé el manuscrito. En todo caso el libro ya estaba aprobado por el asesor y había tenido cierta repercusión en algunos juegos de poesía realizados en 1956, además de aparecer en la prensa en varias oportunidades con ocasión de algunas lecturas. Esto sirvió para que se preocuparan de él”.

Por supuesto que el poeta llegó con el corazón en la mano; y puesto que en ocasiones como éstas Nascimento gustaba recibir a ciertas visitas en su despacho privado, tuvo que subir las escalas que conducían al segundo piso de la editorial, abrumado.

Cuando estuvo frente a él lo encontró hojeando el manuscrito que ya antes el asesor le había entregado con recomendación. Le hizo varias preguntas mientras mantenía sus dedos sobre los versos. Y tras observarlo con detención, en esa breve entrevista dio por resuelto el tema: publicaría el libro.

También recuerda Efraín que dicho editor tenía una mente muy lúcida, capaz de acordarse de todas las publicaciones realizadas, las erratas, las fechas y sus autores. Las listas eran interminables: Edgardo Garrido, Hernán Jaramillo, Alberto Romero, Barrenechea, Juvencio Valle, Fernando Alegría, Luis Merino Reyes, Nicanor Parra, Rosamel del Valle, Humberto Díaz Casanueva, Hernán del Solar, Alone, Ricardo Latcham, Francisco Encina, Eduardo Barrios, Pedro Prado, Mariano Latorre, Luis Durand, Olegario Lazo, González Vera, Neruda, Marta Brunet, María Luisa Bombal, Joaquín Edwards Bello, Fernando Santiván, Manuel Rojas, el Padre Escudero, Angel Cruchaga, Nicomedes Guzmán.

Si bien es cierto que la poesía no era ningún negocio editorial, Carlos Nascimento gozaba al sentirse gestor de grandes impulsos en la literatura nacional, y mantenía guardadas las ediciones y tipos de letras de poetas como la Mistral y otros. Con su acento portugués-castellano demostraba una personalidad singular. Respetaba los textos con gran ceremonia de amante de la poesía, pero con las diagramaciones del libro nadie se podía meter. El se encargaba de estos asuntos, estudiando y siguiendo el camino de la pureza de cada creador. Hay muchos nombres que están cerca de las actividades de ese momento en la vida de Barquero, muchos de ellos participaban en encuentros hasta la amanecida no sólo en Santiago, sino en las calles de Valparaíso, Concepción y Chiloé. Entre éstos: Jorge Edwards, Alberto Rubio, Eugenio Matus, Rocío Rovira, Sergio Bravo, Carlos Martner, Escamez, Bonatti, Ester Matte, Teresa Hamel, Teófilo Cid, Helio Rodríguez, Omar Ramírez, Luis Diharce, Luis Vulliamy, Jorge Teillier, Gonzalo Toro, Fernando Pezoa, Armando Cassíoli, y muchos más.

Para nuestro poeta las amanecidas le traen de nuevo la provincia, su infancia, donde el pan esperaba que salieran las primeras luces solares para encontrarse con el hombre, o, por otra parte, la limpieza y responsabilidad de los primeros trabajadores dirigiéndose a sus faenas.

Lo cierto es que “La Compañera”, publicada en 1956 por la misma editora fue elogiada con fervor por la crítica y además resultó ser éxito de ventas. Al año siguiente obtiene los premios Municipal y Atenea.

Otro mérito tiene relación en que por ese tiempo Nascimento publicaba poca poesía, o más bien se dedicaba a editar a personas de más edad, a consagrados. Pero, sin embargo, la edición dejó satisfechos a los dueños porque la obra tuvo alrededor de cuatro ediciones.

Si graficamos su segundo libro podemos decir que éste fue escrito en quince días en la calle Cruz de la Avenida Independencia. Hacía bastante frío en esa pieza que arrendaba y que pagaba en los momentos oportunos. Sin embargo, se las arreglaba para crear y dar forma a ese nuevo trabajo. Aquella habitación tenía un balcón que daba sobre la calle empedrada donde circulaban hombres en las amanecidas y también en el día transportando mercaderías y frutas a caballos, dirigiéndose a La Vega o al Mercado Central. Pero, al margen de los ruidos, el sacrificio era mayor, porque el poeta debía soportar las consecuencias de la pequeña ración.

Barquero se cambia de pieza cada año y aquí hay situaciones que reafirman el sacrificio de vida en los tiempos, incluso, en que el común de la gente va formándose una imagen errónea del poeta que comienza a salir en la prensa. Es decir, surge la relación “fama-dinero”.

No es tal. El poeta tiene que salir con sus escasas pertenencias y pasear por las calles céntricas de la capital para poder ubicar un sitio que logre mantenerlo por otro espacio de vida: “En la mudanza, voy sentado allá muy arriba, junto al conductor de la carretela, con la gravedad de un Ministro en la carroza que lo lleva al Tedeum. No me separo de mi cama cada vez más flacucha, de las dos sillas de totora, de los poquísimos libros y de la fiel y

derrengada mesa. Atravesamos las calles céntricas, esperando a cada rato encontrarme con un conocido, para quien ya voy ensayando mentalmente un ceremonioso saludo. Nos dirigimos hacia Avenida Matta, hacia Vivaceta, hacia Conchalí”.

En la publicación de “La Compañera”, 1971 podemos rescatar algunas palabras de Federico Schopf: “Parece proponer fundamentalmente una oposición entre la ciudad y el campo; sus contenidos parecen exhibir el arraigo de la vida campesina en la naturaleza frente a la deformación y distanciamiento de sus orígenes que experimenta la vida en el espacio urbano”. Esto en relación a ese choque que produjo en el poeta el cambio, ya que en la ciudad se siente abrumado por su forma de vida.

Al paso de los años, y luego de correr mucha agua por el río, “La Compañera”, en los primeros meses del 2001, comienza a traducirse en Francia.

Sin embargo, y hay que decirlo, el poemario que simboliza la maduración creativa, el poder de la forma y que alcanza el misterio de todo lo que uno ve o palpa, es “Enjambre”, editado cuatro años más tarde por Zig-Zag.

Debemos recordar que por la década del setenta, a quienes se estaban formando en el campo de la poesía, le recomendaban leer a dos poderosos y con distintos estilos: Barquero y Lihn. Del primero, los entendidos solicitaban precisamente “Enjambre”; y del segundo “La Pieza Oscura”.

Efraín Barquero recuerda algunos nombres de su generación: Enrique Lihn, Alberto Rubio, Rolando Cárdenas y Jorge Teillier, con este último mantuvo una amistad muy cercana en una etapa de su vida.

En “Enjambre”, publicado en 1959, con un proyecto de edición de Mauricio Amster, el poeta vuelve a sus raíces campesinas. Aquí rescata lo que fue denominado en un tiempo, como una poesía que alcanza el misterio de las cosas, carnal e invisible. Antes de ver la luz, la obra fue presentada en 1958 al concurso Gabriela Mistral, obteniendo el primer premio de poesía. Juvencio Valle, expresó en la oportunidad: “Su verso surge vivo y húmedo de sinceridad”. Y los presentadores del libro al referirse a determinada escuela poética, señalan: “Sólo pertenece rebasando épocas y lugares, a la familia universal de todos los verdaderos poetas del mundo”.

Como prueba un botón. Leamos con atención estos fragmentos del poema “La miel heredada”: “Mi abuelo era el invierno con las manos floridas”.....”Mi abuela era la rama curvada por los nacimientos./ Era el rostro de la casa sentado en la cocina.”.....”Mi padre era el que más se parecía a la tierra./ Debe haber nacido junto con el maíz y el trigo.”.....”Mis otras tías todas se parecían a las aves del lugar.”.....”Yo nací cuando eran viejos ya; cuando mi abuelo/ tenía el pelo blanco, y la barba lo alejaba como niebla./ Yo nací cuando ardían las fogatas de mayo./ Y lo primero que recuerdo es la voz del río y de la tierra.”

La relación que mantiene el poeta con la naturaleza y los animales es fuerte. Aquella cercanía con el árbol, el tronco, el hacha, las aves diversas que circundan los campos de Chile. Pero uno de los elementos que lo persigue hasta estos días es el fuego, la maravilla de cómo dar forma al fuego, de ahí que en sus poemas aparezca constantemente el fogón.

El poeta se mantiene en la capital desde 1949 hasta 1957. A partir de este año se traslada a Lo Gallardo, comunidad cercana a San Antonio. Es en este lugar donde escribe varios libros, incluida la culminación de "Enjambre". Luego viene "El Pan del Hombre" (1960), editado por Nascimento; "El Regreso" (1961), editorial de la Revista Atenea; "Maula" (1962), Nascimento; "Poemas Infantiles" (1967), Zig-Zag;; "El Viento de los Reinos" (1968), Nascimento; "Epifanías" (1968), Losada; "Arte de Vida" (Prosa poética-1971), Editorial Universitaria.

En "Arte de Vida", prologado por Eduardo Molina Ventura, libro que está dedicado a la madre del poeta, podemos leer: "Efraín Barquero ha sabido distinguir, en la misma dirección del maestro de maestros de los poetas, Gastón Bachelard, entre la imaginación formal, artificial, "artística", o arbitraria, y la imaginación real, la que sirve de impulso y sustancia a la auténtica poesía".

Neruda se molesta bastante cuando Barquero se traslada a Lo Gallardo. El poeta dice al respecto: "Creo que era muy posesivo en su amistad. Siendo muy joven me di cuenta que no podía seguir viviendo cerca de él para no continuar líneas semejantes. Es decir, había junto a mí una influencia muy grande. Si yo hubiese sido diferente habría aprovechado muchas más oportunidades del Premio Nobel, en cuanto a viajes y otras cosas. Pero me alejé de él y por supuesto se sintió. Y por qué no decirlo, había una diferencia en formas de ser. Yo no aceptaba todo lo que él hacía, la frivolidad, etc. Entonces me rebelé. Es bien compleja la situación. Pero debo reconocer que por Neruda siento una gran admiración y fue generoso conmigo. Pienso que yo fui brusco en ese alejamiento, aunque no me arrepiento en absoluto. En todo caso, me faltó más tacto, más consecuencia. Desde ese momento ya no me miró con buenos ojos. Era un hombre duro en ese terreno. Pero yo me alejé sin que él me hubiera dado motivos".

Efraín Barquero recuerda a Neruda ahora con la relajación que dan los años. Lo que van a leer a continuación fue contado por primera vez en Europa: "El no era un maestro, si se puede decir, para con un discípulo. O sea, no hablaba mucho de literatura. No, no. En un momento capté algo interesante en su manera de ser, algo que me ha hecho pensar y descubrir muchas cosas. Un día estaba escribiendo en una sala de su residencia en Isla Negra, frente al mar. Yo era el único huésped que había en la casa y trataba de no molestarlo, ni siquiera pasaba frente a sus ventanales. Entonces, un día creyendo que estaba trabajando, sorpresivamente me fue a buscar y pidió que lo acompañara a hacer un trámite en el pueblo cercano. Caminamos bordeando el mar. No sabía dónde íbamos.

Nunca me lo precisó. Mientras devorábamos calles me iba haciendo preguntas. Pero yo no sabía hacia qué lugar nos dirigíamos. Hasta que en un momento sorpresivo me pidió que regresáramos. Cuando volvimos a la casa me puse a pensar que había toda una técnica en

él, cuando escribía. Tal vez falló algún mecanismo en su creación y optó por salir a poner de nuevo la mente en blanco. Con esto me di cuenta de la práctica de su escritura. Es decir, que antes de escribir, la mente debe estar en blanco, distraerse con cualquier cosa para volver a continuar. Neruda era un poeta absolutamente del inconsciente, muy distinto, por ejemplo, a la antipoesía de Nicanor Parra”.

Quince años se mantuvo en ese lugar y así como va creciendo la producción literaria, también aumenta la familia Barahona Cisternas. Tres hijos nacen en la Quinta Región de Chile, quienes en la actualidad residen en Francia. Juan, el mayor, es pintor. Le sigue Ana, Doctor en Lenguas, e Inés, quien estudió Historia del Arte.

La tercera hija nace en San Antonio y el mayor y la segunda, fueron atendidos en una clínica de Santiago. Juan, el pintor, nació en 1958. Por su parte, Ana, nace en 1960 e Inés en 1965.

Al poeta le gusta poco apegarse a la realidad, y al recordar los años de nacimiento de sus hijos en la fría tarde de Valparaíso, se da cuenta que su vida literaria lo ha llevado como por un sendero de mito. Este momento, entonces, le significó volver a la vida exterior, a la realidad misma.

En el tiempo en que se mantuvo en Santiago, Efraín Barquero sintió la efervescencia y el apoyo hacia las manifestaciones artísticas, el acercamiento de los políticos en estos campos. Pero él siempre fue una persona que gustó de su arte y el retiro de lo masivo. Aunque se considera un hombre de izquierda, cercano a esa filosofía, nunca le atrajo la participación política, sin dejar de lado que a Neruda le apetecía que siguiera sus pasos.

¿Por qué se alejó de Santiago?. La respuesta es sencilla: quería encontrarse nuevamente con sus raíces y escapar un poco de la frialdad de la metrópoli. Aquella vida bohemia de la capital logró sofocar al poeta. Pero en Lo Gallardo, si bien se mantiene década y media, hay salidas esporádicas a la capital, quedándose dos años en ésta por razones de encuentros literarios realizados dentro de Chile y fuera de él. Uno de éstos es en Mendoza, Argentina.

Realiza un viaje a China mediante gestión del pintor José Venturelli, quien solicitó una invitación a través de dicho gobierno. A ese país viaja en el año 1962 junto a su esposa y sus dos primeros hijos, quedándose en la nación asiática hasta 1963.

Es preciso graficar que Barquero mantuvo amistad con un gran grupo de artistas plásticos. Algunos de ellos son Venturelli, junto a Pedro Lobos y Carlos Hermostilla, quienes están ubicados en un contexto verdaderamente significativo de la plástica nacional, sobre todo mirándolos desde el punto de vista social e histórico. En ellos esto último repercutió con una muy especial intensidad. Para ser más exactos en la ubicación de estos artistas de la plástica, habría que explicar que la década del 40 quedó muy marcada por los signos trágicos de dos hechos imborrables en la historia mundial: la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte a nuestro país le tocó vivir una nueva experiencia política con la llegada al poder del Frente Popular y que desembocó en el triunfo de Pedro Aguirre Cerda en la elección presidencial. Por cierto, estos mismos acontecimientos tienen

una repercusión profunda en la sociedad nacional proyectándose a ciertos sectores del ambiente artístico y cultural.

Sigamos. Antes, en Lo Gallardo, le había dicho a uno de sus amigos que si le preguntaban en algún momento qué país le gustaría visitar, respondería:

¡ China o México!.

Se le cumplieron sus sueños, porque al margen de amar los olores perfumados del azahar y las glicinas, después pudo palpar con sus manos la tierra china legendaria.

Efraín vive una experiencia nueva en esa visita, lo que da origen al libro “El Viento de los Reinos” , editado en 1968 por Nascimento. Desde el primer momento, desde el aeródromo de Pekín al descender del avión, quedó impresionado con esa tierra asiática a la que califica como “la osamenta de la Tierra”. Y es que con la sensibilidad de Barquero, su visión profunda, le hace entender que allí ya no hay capa vegetal, porque aquella extensión terrestre es tan vieja, está tan gastada, que la compara con el hueso de un cuerpo derruido: “Me pareció tan grande la noche, como si la tierra estuviera más abajo de nuestros pies. Y ese olor, ese olor como de huesos quemados que venía de todos los rincones”.

El misterio chino quedó adherido a él, esa extensión geográfica extraña, fue como si un ancestro estuviera muy pegado a nuestra raza aborigen. La relación de la semilla, la germinación, el sentido de las estaciones.

Para poder ver desde lo alto la ciudad prohibida, se le ocurre un día cualquiera, junto a un amigo chileno, subir a la colina de Peihai, donde se encuentra la Pagoda Blanca. Es quizás aquí donde el poeta queda mayormente impresionado y se alimenta de este entorno para dar forma a su libro “El Viento de los Reinos”.

Es preciso decir que no sólo encontró en ese espacio infinito la imagen de la China milenaria, sino de un gran y profundo viento que a la larga lograba hacer una mezcla de todas las voces, desde el niño hasta la vejez, desde la alegría hasta la tragedia.

Aquello también lo transportó a distintas etapas, como si hubiera despertado de un largo sueño y de haber estado ahí, en alguna edad desconocida.

En China comenzó a trabajar con un grupo de jóvenes de distintas regiones, interesados en practicar el idioma español. Aquella labor la ejecutó con bastante devoción y los muchachos chinos comenzaron a adentrarse en la perfección del castellano con la rapidez del viento, más unidos tal vez por el cariño a la lengua, sobretodo salida de chilenos alejados de su territorio.

Toda esta experiencia fue reconfortante para el poeta, ya que le sirvió para hacer estudios donde se impregna de la historia de ese país y la forma de ser de sus habitantes.

Quiso mucho a esos hombres y comprendió aún más la existencia de este planeta. En algún momento Barquero afirma que es probable que en Chile no haya conocido en su real dimensión a la tierra. Porque para conocerla hay que tener la seguridad si esta muere en su momento. Y en China él vio la tierra muerta, aquélla que existe por la extrema antigüedad y que es pisoteada por la gran cantidad de habitantes que la transitan.

Sin embargo, se dio cuenta , por otra parte, de la grandeza del hombre, quien vence a las adversidades y busca formas de hacer producir el entorno al margen del deterioro.

Por esta razón y por muchas otras, los chinos demuestran ser hombres pasivos y amables, Y el vate cree, de alguna forma, haber cometido un error: “Cometí el lamentable error de olvidar mis raíces, mi manera de ser y traté de hacer la conversación lo más corta posible. Pero a ellos les gustaba tratar todas las materias con bastante parsimonia como distraídamente, entre un cigarrillo y otro, entre muchos sorbos de té perfumado, con grandes silencios y hasta con grandes ausencias personales”.

En algún momento por sus cavilaciones, los chinos fueron en su ayuda, cuando él mismo pidió que le pusieran un maestro de gimnasia antigua.

Comenzó, entonces, a practicar ese ejercicio de 32 movimientos sincrónicos que a la larga da un gran descanso mental y corporal. Esto le sirvió para adquirir más fuerza y continuar con sus tareas en las enseñanzas del idioma. Recuerda el poeta chileno, con entusiasmo, los conocimientos que tienen los chinos en esta materia.

Los olores en ese país estaban en todos lados, esa historia amplia del pueblo asiático, impregnada de sabidurías. Por esta razón gustaba caminar por las calles con sus amigos chilenos Francisco Coloane y Sergio Pitol, por esos verdaderos laberintos en donde la fragancia a frutas que parecen arrinconadas en lugares verdaderamente invisibles, aparecían en cada momento. Y como esas frutas no estaban en los sitios por donde circulaban, Barquero pensó que aquel olor pertenecía a la espiritualidad de ese pueblo.

De igual forma le sorprendió aquel silencio en los rincones, en las noches, silencio que trae además el misterio de la historia milenaria, donde viven millones y millones de habitantes. Aquellos portales imponentes, fortalezas que parecen almacenar los fantasmas de otro tiempo y que en el presente aún mantienen una vida activa.

También recuerda Barquero que el Templo del Cielo, por su construcción extraña y todo lo que lo circundaba, daba la impresión de encontrarse en un planeta distinto. Y es que en este sitio, como él lo ve, parecía estar concentrada toda una cultura milenaria.

Pero una de las cosas que más le sorprendía era el silencio, y lo grafica al celebrarse el aniversario de la Nueva China, donde se reunieron más de un millón de personas, con un silencio en cada una de ellas, como los inicios de la vida del planeta. Entonces: “Cada hombre era un ser de oro que brillaba en este silencio estatuario. Sobre el silencio cayó, de pronto, la lluvia solemne y redimida de un pueblo, cayó y ascendió de nuevo al cielo, cada

vez que los cañones, a lo lejos, hicieron oír como un trueno sordo y subterráneo, como grandes palabras que se dijeran acerca de la historia de los hombres”.

“El Viento de los Reinos” es un libro que está plagado de aventuras. Otros escritores franceses también estuvieron en China. Por esta razón, a pedido del poeta Eduardo Molina Ventura, le hace llegar ese texto a Saint-John Perse, poeta francés que estaba en Washington viviendo su exilio en 1968. Pasan muchos años y en el momento en que Barquero hace su primer intento por retornar a Chile (1990), la profesora de una de sus hijas en la universidad, que es además directora de la Fundación Saint-John Perse, posterior al fallecimiento de este intelectual en el año 1975, descubre entre las cartas póstumas, una en donde se refiere a “El Viento de los Reinos”.

El poeta francés antes de fallecer en los primeros años de exilio de Barquero en ese país, tenía su residencia muy cerca de donde vivía el vate nacional. Esto le lleva a decir: “Si lo hubiese sabido lo habría visitado, porque por ese tiempo ya sentía una admiración hacia su obra”.

Más tarde, luego de muchos viajes, este libro fue encontrado también en la biblioteca privada de Saint-John Perse, con la dedicatoria de ese tiempo. Fue una anécdota importante, algo así como una botella en el mar, con mensaje a la deriva.

Si consideramos que en el momento en que Efraín Barquero hace llegar esa obra al poeta francés (1968), aún era un poeta joven (47 años), la sorpresa fue mayúscula sobre estos hallazgos: “Fue una sorpresa para mí y la familia. Saint-John Perse tiene una fama europea extraordinaria, considerado el más grande poeta de Europa del siglo 20. También vivió bastante tiempo en China. Eliot lo admiró mucho e incluso lo tradujo. Todos los poetas europeos le rindieron un gran homenaje. En los escritos encontrados, el poeta francés cita a algunos poetas latinoamericanos, y entre los chilenos sólo nombra a Neruda y a mí. Sin duda, fue una gran sorpresa”, señala.

Gracias a una mujer de la aristocracia (volvamos al pasado) culta y sencilla, doña Inés del Río de Balmaceda, amante de la poesía y admiradora de “Enjambre”, el poeta logra hacer uso de una de sus casas en Lo Gallardo y mantenerse por década y media. Fue un mecenas de los que escasean en estos tiempos. En ese lugar se recibían visitas ilustres de la vida intelectual y política chilena. Entre los vates, Roberto Humeres y Luis Oyarzún, junto al poeta Molina aportaban distintos temas de interés general.

En Lo Gallardo se produce un verdadero cambio en la vida del poeta. Sorpresivamente se encontró en casa de doña Inés que resplandecía por su gusto especial, con ventanales amplios y chimenea con grandes leños encendidos y en donde la mesa que se encontraba al frente, siempre se hallaba atiborrada de exquisitos manjares. Se trataba de una hermosa casa con gran cantidad de objetos provenientes de lugares lejanos.

En la pared había una cabeza de venado que iluminaba la sala. Afuera, en la noche, se escuchaba el rumor de los árboles y el olor a plantas y flores. Muy cercano también llegaba el sonido de un río y más allá el océano con su oleaje que parecía despertar a los habitantes.

En esa sala donde se observa gran cantidad de invitados entre parientes, hijos y nietos, el poeta conoce a doña Inés, una mujer de ojos excesivamente suaves. Es ella quien invita al vate y su esposa a quedarse por el tiempo que desearan en una casita que estaba más al fondo de esa propiedad, donde resalta ese verdadero encanto de hongos que salen en los bosques.

Lo Gallardo es un pueblito situado cerca de las Rocas de Llo-Lleo, en la desembocadura del río Maipo, y hay quienes en algún momento le llamaron “El centro de respiración” de San Antonio.

Pensaron quedarse unas semanas en el lugar, pero al final vivieron década y media con algunas salidas a Santiago. En ese tiempo el poeta dedicó cada minuto de su tiempo a crear y dar forma a una serie de libros. Así comenta esa etapa de su vida: “Aquí adquirimos cierto método de trabajo y verdadera responsabilidad. Sin embargo, continuamos viviendo con muy poco dinero, ese dinero que a veces nos acosa sin conquistarnos del todo. Vivimos muy modestamente con mi mujer con el sólo deseo de convertir lo que experimentamos en otro metal, en un metal que no da regalía, pero que no nos aparta de la desnudez de la existencia”.

El poeta considera a doña Inés como un gran familiar, un personaje bondadoso. Fue cortés con su esposa y a sus hijos los trató como nietos: “Había una generosidad muy amplia, no sólo en facilitarnos esa casa que era propiedad de un hijo, sino que a veces nos proporcionaba frutos del mismo huerto. Nosotros vivíamos modestamente, con lo esencial. Mi vida siempre ha sido así, de cierta decencia, pero pobre”.

Conoció a Inés Del Río de Balmaceda, a través del cineasta chileno Sergio Bravo. El era amigo de Fernando Balmaceda, el hijo de doña Inés, que también estaba en la carrera del cine. Una noche estando de paso por Llo-lleo, la señora Del Río lo invitó a comer. Fue a buscarlo su hijo y es la primera vez que el poeta tiene oportunidad de leerle los primeros poemas de “Enjambre” que, por cierto, le fascinaron, entre éstos “La miel heredada” y “Fogón”. Pedía, en consecuencia, que se los leyera en forma constante. Se trataba de una persona de edad, dice, pero irradiaba juventud, de una mente muy ágil.

Alcanzó a verla antes de su muerte en Lo Gallardo, cuando retorna por vez primera a Chile en 1990. Inés Del Río fallece en 1992. A pesar que en los últimos años ella estaba casi inválida, siempre mantuvo una mente lúcida, hasta el final de sus días. Alcanzaron a celebrar una tarde en Lo Gallardo la traducción de “El Regreso”, al francés, en el momento en que la obra es enviada desde París. Era una persona que gozaba bastante con las publicaciones o las nuevas buenas que circundaban al poeta. Por supuesto, el vate siempre se sintió estimulado por el constante apoyo de esta mujer mecenas que había aparecido en

su vida para iluminar los caminos. De todas maneras con la humildad que lo caracteriza, el poeta chileno expresa: “ Realmente no sé por qué razón sentía tan profundamente mi poesía, ya que ella había conocido antes que a mí a mucha gente involucrada con la palabra escrita, es el caso de Vicente Huidobro, quien vivía cerca. Ella tenía una gran sabiduría, pero salida del corazón mismo. No era una persona intelectual, sino que todo lo intuía misteriosamente. Se trataba de un ser muy solitario, que escondía sufrimiento, por supuesto. Pero éste lo había sublimado muy bien, y por esta razón le interesaban los trabajos de la tierra, su huerto frente al río. Hubo una mujer también que fue cercana a nosotros, doña Gino. Ella podía hacerlo todo con sus manos. Estaba relacionada con la tierra, con la semilla, y para mí fue fascinante dialogar mientras ejecutaba sus faenas. Era una nativa nuestra, pura. Venía del norte más bien, de los indios del norte, y tenía algo muy especial, más que los mapuches, tal vez. Ella mantenía un misterio profundo de la naturaleza. Y, además, un nombre muy especial. Se llamaba Genoveva Naranjo Piña de Palma. Era una mujer de la tierra. Siempre me dije cómo siendo tan joven cambiaba de piel todos los años como las culebras. Pero lo concreto es que daba material para mis escritos, con sus silencios y su sabiduría constante en torno a la tierra que tanto amaba”.

Precisamente en “Mujeres de Oscuro”, obra editada en 1992, y que el 27 de septiembre de 1993 en sesión solemne fue distinguida por la Academia Chilena de la Lengua, aparecen versos relacionados con Genoveva Naranjo:

(fragmento. “Gino”)

Está enterrada con todos sus aparejos
junto al río donde nació, lugar de manes.
Y era tan oscura a ciertas horas del día
que costaba conocerla
como cuesta olvidarla.

Sus manos tenían toda la ciencia de las manos.
Eran manos de partera descamando los peces.

.....
Y parece más oscura aún que la tierra enterrada
porque enterraron con ella toda su alfarería.
Y parece más callada aún en esa posición
porque tiene la tierra agarrada con la mano
como las tetas de una cabra hinchadas y porosas.

Todo lo auscultaba desde abajo como siempre lo hizo
con su cara vuelta para abajo
y los ojos en otra parte.

.....

Aquella casa de Lo Gallardo no se conserva, por cierto, como en los años en que el poeta vivió. En la actualidad la han refaccionado totalmente. Una vez que Barquero deja la vivienda fueron muchos periodistas a visitarla, para hacer algunos reportajes y sacar datos sobre la intelectualidad que en un tiempo dio vida a esos entornos. El poeta Molina, a quien Efraín recuerda en varios pasajes de su vida, murió en Lo Gallardo, esto como sinónimo del cariño que sintió por la zona y por aquel sitio donde se hicieron constantes encuentros de escritores. Es decir, hay personas que quedan prendidas de los lugares, como aquellos fantasmas que no quieren partir del lecho de sus sabidurías.

Efraín Barquero recuerda sus caminatas junto al poeta Eduardo Molina Ventura, en Lo Gallardo, a orillas del mar, recibiendo ese aire marino que tan bien hace a los vates, a los pensadores que muchas veces no son reconocidos por la sociedad chilena. Y siempre iban dialogando sobre poesía, de esas lecturas que a diario hacían para luego entregarlas a las nuevas generaciones. Molina era un gran lector de este arte, un loco por la palabra, un degustador de la poética mundial. El hombre quedó inmortalizado como “El Poeta Molina”, por lo menos es así como se le recuerda en entrevistas que aparecen en los medios de comunicación.

La cercanía de Molina hacia Barquero le sirvió bastante. Eduardo Molina Ventura, quien prologó el libro “Arte de Vida”, falleció alrededor de 1985, en pleno período dictatorial en Chile, cuando Efraín vivía su exilio en Francia.

Efraín Barquero una vez que se hizo a la poesía se identificó usando una boina negra, distinta por supuesto a la que transportaba Neruda. Y esto debe ser por alguna costumbre arraigada en el pueblo español o francés. Y como por parte de la madre del poeta hay sangre catalana y casi francesa, por supuesto que estas raíces quedaron muy dentro. La madre de Efraín, parecía, realmente, una persona catalana o francesa, pero bien chilena al mismo tiempo, aferrada a la geografía de esta patria, a los campos y sus costumbres.

HABLEMOS UN POCO DEL EXILIO

Su nombre ya era fuerte en la literatura chilena y se le ofrece el cargo de Agregado Cultural en Colombia. Borda el año 1972 y hacia allá viaja junto a su familia manteniéndose hasta los días del golpe militar.

Esta última situación le afectó bastante. Vivió momentos difíciles. Después del golpe, según narra, el Embajador, tal vez para evitar problemas en su carrera no hizo ninguna declaración como lo esperaba el poeta. Por esta razón salió al frente y durante una semana dijo todo lo que tenía que expresar en radio, prensa escrita y televisión. La Policía Política a pedido de la Junta Militar chilena, pide su expulsión del territorio colombiano. Le dieron sólo unos días de plazo y, por consiguiente, deja todo botado y se dirige a México. Debido a que en Colombia los problemas habían sido bastante divulgados se mantiene sólo un par de meses en tierra azteca donde se contacta con escritores amigos y realiza un par de recitales.

Más tarde aprovecha una invitación a Cuba para ser jurado en el Concurso Casa de las Américas. Se mantiene en la isla caribeña hasta 1974. Tuvo problemas con el Comité Chileno. Pero, sin embargo, de los cubanos tiene muchos agradecimientos. Conoció a bastantes en la isla, quienes mantuvieron un trato deferente con el poeta y su familia. Los obstáculos con el Comité Chileno lo hacen redactar un pliego de peticiones y hasta realiza una especie de huelga para lograr salir de Cuba. Hubo entre ellos diferencias notables. Se trataba de gente muy politizada, dice el poeta.

En el trayecto México-Cuba logra publicar dos poemarios, en 1974. Se trata de "El Poema Negro de Chile", Siglo 21 México y "Los Bandos de la Junta Militar Chilena", publicado por El Sindicato Libre de Cuba.

Finalmente pide el asilo a Francia y este país se lo concede en 1974. El poeta chileno se siente un tanto marginado. Pero el exilio a Francia fue más bien para mantenerse en contacto con su familia, con su madre, ya que Chile había cortado relaciones con Cuba

Estuvo en el país galo desde 1975 hasta 1990, momento en que hace su primer intento por establecerse definitivamente en nuestro territorio. En 1993 retorna a Francia y se mantiene hasta 1998. Ese año regresa a Chile con la idea de quedarse. Entre idas y retornos, su alejamiento, en todo caso, se extendió por veinte años.

Se entusiasma con el tema de Francia y explica que allá se encontró con una civilización distinta. Aunque se siente ligado a sus raíces, también hay cosas que le sorprenden: "Me impactaron el orden y la razón retratados en todos los lugares de Francia. Aquí impera todo lo contrario. Me siento, en todo caso, de las dos partes. Nosotros somos bastante niños y ellos han llegado a ser adultos. Lo que más se percibe allá es la calidad de vida. Todo marcha bien, no hay improvisaciones. Es una civilización vieja y por consiguiente, culta. Pero, además, siento atracción por su origen campesino. En una entrevista que me hicieron

en La Epoca, a mi primer retorno, no gustó mucho cuando hago referencias sobre estos temas. Y es que hay que decirlo, allá existe un respeto por el pasado, las ciudades no son

demolidas, por ejemplo. Para un europeo tener relación con su pasado es muy importante. La construcción de una casa no se ejecuta por hacer, sino que está todo modelado, dirigido. Por otra parte, la educación es fundamental. A los niños se les enseña a dejar la basura donde es debido. Es otro tipo de vida, pero de igual forma uno siente nostalgia por Latinoamérica. Y a la inversa, cuando me encuentro en Chile, también recuerdo a Francia”, expresa.

Efraín Barquero vivió casi la cuarta parte de su vida en Europa. Pero no se vinculó mucho con la gente, siguiendo la misma senda de un ser solitario y a la vez solidario, observando los problemas de los habitantes.

En el país galo, como los escritores y poetas viven muy retirados unos de otros, se las arregló para mantener contactos epistolares con algunos. Ellos no son personas que están constantemente en vitrina como en Chile, hay pocos encuentros, escasos lanzamientos de libros.

Considera que lo creado en Europa fue un trabajo a conciencia. Es más, afirma que allá comenzó a dominar su línea de expresión. Le sirvió, para los efectos, el contacto con la poesía francesa, la precisión, lo que a su modo de ver, le hizo falta en Chile. Escuchar a diario otro idioma le ayudó a compenetrarse con su yo interno. Aun así no se siente muy francés, por el contrario, se considera un chileno por donde se le mire.

Un tiempo estuvo en París y luego se traslada a Aix en Provenze. Sin muchos recursos la vida en la capital francesa se habría hecho difícil. Gracias a unos libros que Barquero pudo salvar de sus primeras ediciones, el presidente de la universidad, al darse cuenta que se trataba de un escritor, le da un cargo de maestro, a manera de asistencia social.

“Yo no soy profesor, pero me llegó la hora de hacer clases. Entonces recurro a lo del Popol Vuh que sirvió como caballo de batalla. Todo esto me hizo conocer más a fondo a América, los grandes ritos, ya que el gran tema del Popol Vuh es la fecundación de la tierra. Ha sido llamada la biblia americana y la diferencia con ésta es que Cristo vino a la Tierra a redimir al hombre de sus pecados; en cambio en la otra los héroes civilizadores de la cultura Maya vienen a derramar su sangre para fecundar la tierra. Esto es muy interesante”, dice el poeta.

Si la búsqueda de la belleza en su poesía y la “precisión” de las palabras ya estaban en sus libros escritos en Chile, ésta la hace más fuerte en su contacto con Europa y especialmente con la poética francesa. Explica el vate que nuestro lenguaje es muy barroco, muy lleno de palabras.

Sus escritos más recientes no han sido programados, salieron mediante el trabajo mismo. Lo de él es bastante intuitivo. Dice que ha leído mucha poesía, pero en el momento de escribir trata de no acordarse de nada.

La autenticidad de Barquero lo lleva a expresar que si él muere y regresa a la vida “volvería a ser poeta”.

Lo concreto es que hubo necesidad de volver a Chile, en busca y rescate de sus raíces. La mayoría de sus familiares habían fallecido y su madre se encontraba muy enferma. Sus hijos, en cambio, se quedan en Francia.

Efraín Barquero siente en su retorno a nuestro país muchas puertas cerradas, percibe una especie de rechazo y sus tres libros que deja publicados en Sudamericana: *Mujeres de Oscuro*, *A Deshora* y *El Viejo y el Niño*, en donde retoma su poética que lo vio emerger, se ocultan, además, tras el silencio de la crítica. Aquellas ediciones conservan una sobriedad francesa. Aquí apoya bastante su esposa Elena Cisternas Franulik, experta en diseño gráfico.

Sigamos chequeando algunos pasajes en Francia.

Cuando en ese país se descubre la carta de Sant-John Perse, en 1991 sobre el libro “El Viento de los Reinos”, se publica la primera traducción al francés de la obra “El Regreso”, en los momentos en que Barquero todavía se encontraba en Chile (1992). Al paso de los años, en su segundo retorno a nuestro país (1998) comienzan a ser traducidos al mismo idioma “La Mesa de la Tierra” y “La Compañera”; y al inglés la primera de éstas.

UN PARÉNTESIS SOBRE EL FALLIDO PREMIO NACIONAL 2000

Me encontraba el domingo 27 de agosto del 2000 realizando un programa radial en una emisora comunitaria de Valparaíso. Entre los diversos temas abordados en espacios pasados, entrevistas a artistas de la zona y reseñas culturales, estaba aún latente el Premio Nacional de Literatura correspondiente al género poesía. En programas anteriores había realizado una serie de encuestas y entrevistas a escritores de la Quinta Región, quienes se refirieron a los posibles ganadores. Entre gustos diversos, la poética de Efraín Barquero aventajaba a otros nombres que se daban como candidatos. Recordando un poco esas etapas, debo expresar que en varios programas nos aventuramos a dar como seguro ganador de este galardón a nuestro poeta.

Como ya lo expresara anteriormente, queda grabada en la mente de quienes nos preciamos de conocer la buena poesía, la apatía en que incurre nuestro país, al dejar marginados a sus máximos representantes de la palabra. Si revisamos nuestra historia en cuanto a estos premios nos podemos dar cuenta de los incontables errores cometidos.

En puestas al aire posteriores demuestro cierto malestar por la resolución de no otorgársele el galardón.

Analizo más adelante que, con esta decisión, se dejaba abajo a uno de los más importantes representantes de la llamada Generación del 50. Antes, ya habían fallecido otros exponentes en la misma situación: Enrique Lihn y Jorge Teillier.

Entonces, percibo que no hay en nuestro país un ordenamiento generacional y, además, por qué no decirlo, de calidad.

Cabe hacer notar que el espíritu por el cual fue creado el Premio Nacional de Literatura, que correspondió como idea al Presidente Pedro Aguirre Cerda y que fue concretada por el otro mandatario Juan Antonio Ríos, en el año 1942, era premiar a los escritores por la obra realizada “durante toda su vida”.

Efraín Barquero, en la década del sesenta fue señalado como uno de los artistas más poderosos que tendría Chile al paso de los años. Si pensamos que el exilio lo dejó fuera de camino, tendríamos que afirmar que hay que estar dentro de esta larga y extensa faja para aspirar a algo.

EL RETORNO QUE PARECIA DEFINITIVO Y NO LO FUE

En su segundo viaje y que parecía el definitivo, Barquero percibe un cierto acercamiento hacia su poesía. En una entrevista señala: “Me habían enterrado y ahora parece que me están desenterrando”.

El nuevo trato lo sintió en las calles, en los mercados, en las librerías y mucha gente tenía claro que él sería el Premio Nacional de Literatura año 2000. Lo entrevistan en casi todos los medios informativos, prensa escrita, televisión. A pesar que a él no le gusta hablar de este tema, en algún momento sus palabras reflejan un cierto enojo.

El poeta se mantiene en Santiago hasta el término del año 2000, momento en que decide radicar en Valparaíso. La postulación al Premio Nacional de Literatura surgió a raíz de una candidatura presentada por la Universidad de Santiago.

Con Valparaíso tenía relaciones anteriores. Visitó el puerto en varias oportunidades y se alojaba en la casa del pintor Gastón Orellana. De igual forma fue amigo del grabador Carlos Hermosilla Alvarez.

Mientras se mantuvo en el puerto no gestionó contactos con el mundo exterior.

Barquero prefirió el silencio. A diferencia de otros poetas como Teillier, quienes han estado más cerca de la vida literaria urbana, él quiso alejarse del mundanal.

Por Valparaíso caminó todos los días como lo hacía en Santiago, en las mañanas. Le gustaba ejercitar sus piernas y observar el entorno. Era común verlo por la Avenida Alemania, porque se sentía cómodo mirando la inmensidad del océano desde las alturas. Incluso, cuando le tocaba realizar un trámite en el correo, frente a la Plaza Sotomayor, el camino lo ejecutaba desde arriba y luego bajaba al plan por la calle Urriola. De igual forma, en los momentos en que iba de compras al mercado Cardonal, lo hacía por la parte alta y luego descendía hacia la Avenida Francia.

Para Efraín Barquero el caminar tiene una importancia vital. Una de sus hijas, en Francia, le decía que esto estaba dentro de su origen campesino. Pero lo más trascendente es que el poeta reconoce que estas caminatas le aportan bastante para depurar algún escrito en ejecución.

La verdad es que en el puerto histórico el poeta dejó que el silencio se introdujera en sus espacios. No es que se tratara de una decisión para no seguir participando en la sociedad, más bien tenía relación con la pretensión de continuar creando con la fuerza de sus mejores tiempos.

Por esta razón cuando le consulté sobre su vida en cuanto a contactos en Valparaíso, la respuesta fue concreta: “Sólo lo he recibido a usted y al poeta Juan Cameron. Además de una señora de la Universidad Católica que me ha pedido le entregue algunos escritos de investigación”.

Pero después de todas las cosas acontecidas en el terreno de premios y reconocimientos que son necesarios no sólo para un creador, sino para la sociedad en general, el poeta Barquero, por su forma de ser, acumulador de silencios y más preocupado de estar cerca de su arte, del compromiso al que Dios lo mandó a la tierra, se sentía muy libre, se encontraba consigo mismo y hasta gozaba con este alejamiento del ruido y de los falsos palmazos en el hombro.

La compañía vital en el puerto se concentró en el mar, el océano inmenso visto desde los cerros, el puerto con sus faenas de todos los días y esa gente que transita por las calles misteriosas y llenas de historia de Valparaíso.

¿Cuántos creadores han pasado por el valle del Quintil, como buscando un refugio por mandato de la naturaleza?. Barquero llegó, precisamente, para cumplir ese llamado, y para reflexionar sobre los próximos pasos a seguir. En esta conversación manifestó que le gustaba la arquitectura de este sitio, le fascinaba recorrer sus rincones desde lo alto, ver sus escaleras que muchas veces parecen interminables.

Extasiado con los rincones por donde han circulado almas de distintas generaciones, quedó también sorprendido de su pobreza, la miseria que carcome cada meandro de este puerto.

Como las jornadas de diálogos con el poeta se ejecutaron entre el 4 y 15 de agosto del 2001, en la última, a pocas horas de juntarnos (a las cinco de la tarde), ocasión en que Barquero

me había invitado junto a su esposa a un té, comentó su odisea antes de llegar a la casa. Algunos perros, de los muchos que circulan por las calles de Valparaíso, fueron en persecución de él y lo trataron de morder por la espalda. La casaca lo protegió, porque los colmillos, afortunadamente, no alcanzaron a entrar a la piel.

El poeta con euforia expresó: “Aquí hay muchos perros vagos y hambrientos. Esto demuestra la pobreza y miseria que se vive en Valparaíso. Uno puede percibir el abandono. No me explico cómo los gobiernos se han despreocupado de esta zona”.

Barquero, poco usual que aborde temas de la contingencia, lo transporté, en cambio, por ese sendero. Le consulté sobre la búsqueda de transformar a Valparaíso “Patrimonio de la humanidad” y él respondió que, la verdad, lo primero, lo trascendente, es ayudar al puerto y su gente que vive en miseria: “Se habla mucho del bicentenario, y creo que lo primordial es arreglar a Chile, que tiene muchos problemas por solucionar. Este país quedó muy mal. El tema del desempleo y

analfabetismo, drogas, situaciones irregulares que deben ser abordadas por la comunidad y sus mandamases”, señaló.

¿Realidad Mundial?. El poeta graficó que existe un exceso de modernismo. Los problemas se deben solucionar por etapas, por asuntos más de fondo. En Chile, manifestó, se han apresurado mucho las cosas como si estuviéramos en los Estados Unidos. Y, precisó, que es acá donde se ve la orfandad del modernismo, donde la gente se traslada y vive en un mundo completamente ficticio, mirando televisión y despreocupándose de los problemas que golpean verdaderamente al hombre.

Barquero siguió reflexionando. Ya eran las 17.45 horas de aquel miércoles 15 de agosto del 2001. Comenzó a entrar la helada del puerto y él estaba un poco cansado. Antes, Elena Lucía nos había servido una once con exquisitos panecillos preparados por sus propias manos. Apresuramos, entonces, la conversación: “Todas estas maquinitas, el avance de la tecnología, es bastante interesante. El internet, por ejemplo, que permite que las personas se puedan contactar con el mundo en cosa de segundos. Mi hijo Juan es, además, experto en esto allá en Francia. Pero aquí en Chile hay muchos problemas de fondo. Se habla y se ejecuta una serie de actividades en torno a la cultura, pero la verdad es que primero debieran preocuparse de la educación. Porque para cambiar al país se debe comenzar por abajo, por la educación. Yo pondría todo ahí, todos los bienes. También en la salud que aún está muy abandonada. Hay personas que no tienen acceso a ésta y deben correr por su propia cuenta y riesgo. En Francia esto es sagrado, la gente no tiene que preocuparse de estos problemas. Si hay que operarse de urgencia lo hace completamente gratis. Es decir, no hay indigencia, no existe. Fíjese que los más indigentes son, a la larga, anarquistas que nunca han querido tener algo. Obtienen, en cambio, su pequeño sueldo y se transforman en verdaderos filósofos al aire libre. Viven felices, tienen siempre ayuda del gobierno”.

Volviendo al tema poético y, considerando que muchas personas que han comentado la obra de Efraín Barquero, siempre dirigieron opiniones similares en cuanto a que la creación del vate se identifica como única en profundidad, incluso, al compararla con otros y muchos poetas latinoamericanos, es interesante saber qué busca Efraín más allá de reconocimientos: “A mí me interesó toda la vida el arte, sólo eso. Que el lector sienta, que haya alguna comunicación. En otras palabras me ha gustado vivir intensamente la creación. Incluso, no inmerso en el mundo de la publicidad, y ese silencio o, en términos concretos, ese desconocimiento de mucha gente hacia mí, tal vez me gusta más, me estimula para seguir adelante. Porque yo sigo creando. No quiero ser igual a otros autores que se quedan ahí en el camino y no continúan. Hay que seguir en una constante evolución. En el caso personal, tal vez la lucha ha sido por el valor en sí mismo. He buscado que mi poesía camine sola, desnuda. Usted sabe que en Chile muchas cosas se dan por el famoso compadrazgo, con los críticos, todo este poderío que existe ahora con la producción, la publicidad, etc. Incluso debo decirle que la misma editorial se queja porque muchas veces yo desaparezco y no me dejo ver en público. A ellos les interesa, por cierto, que el escritor editado se vea más en las tiendas, en las ferias, en las charlas que se preparan a diario”.

Cuando la tarde ya se cierra y la oscuridad de Valparaíso comienza a penetrar en las esquinas, Efraín sintió frío y pidió un calefactor para entibiar sus piernas. Elena Lucía con agilidad sorprendente y aquella alegría de vivir reflejada en su mirada, va en nuestro auxilio.

El diálogo se reinició y dejó que el poeta hable de distintos temas, que logre desahogarse.

Al referirse a su calidad de vida, explicó que siempre han vivido de lo esencial, sin rodearse de opulencia. Es decir, han llevado una vida donde la creación artística ha estado en cada espacio, en cada rincón de sus vidas.

La mayoría de los poetas y escritores, desde sus comienzos o al paso de los años se hacen de un patrón o logran admirar a algún autor chileno o extranjero. En su caso, reconoció que, tal vez, uno de los que ha admirado es Rainer María Rilke. Aunque lo considera un caso extraño, encuentra cierta afinidad a su arte. En Chile, la Gabriela Mistral y también Neruda. Pero la primera le atrae por ese entorno campesino del norte chico, donde hay elementos que han estado cerca suyo. Por otra parte Pablo De Rokha, quien deja ver una chilenidad asombrosa. A Nicanor Parra le reconoce su gracia, su ingenio.

Aunque el poeta estaba entusiasmado con Valparaíso, también en algún momento pensó acercarse un poco más a su familia, a sus hijos que están en Francia. El mar le atrae, quiere estar cerca de él, de este aire que le sirve para su vitalidad, con el entorno libre y pleno de situaciones vivenciales.

Su alejamiento de Santiago se debió al eterno problema del aire contaminado. Porque siempre le gustó la pureza del ambiente. En la capital, de acuerdo a sus afirmaciones, es todo molesto, no se puede respirar, hay gente que se desmaya de sólo tener contacto con las calles. Así lo grafica: “Usted sabe que esto no tiene arreglo, por la conformación de la ciudad.

Y siguen construyendo, y la cantidad de vehículos continúa aumentando. No se entiende que la solución es descentralizar a la capital como se ha hecho en otros lugares del mundo, las industrias deben ser trasladadas a otros sitios. Esto daría más vida a muchas provincias como Valparaíso, que están casi en el olvido, abandonadas, con mucha cesantía”.

Estas fueron las últimas palabras grabadas que me dejó este gran poeta chileno. Nos habíamos reunido a las 17.00 horas en punto y a las 19.00 ya estábamos finalizando. En el aire, tal vez, quedaron muchas cosas, pero Barquero debía descansar. Intercambiamos algunas otras palabras mientras esperábamos a su esposa para despedirnos.

Lo que me sorprendió de esas dos secciones fue la fuerza del poeta por seguir con su obra. En esos momentos estaba trabajando un nuevo texto y no quiso adelantar nombre. A diferencia de muchos vates que dan por finalizada su etapa creativa, y como bien lo dijo él anteriormente, Efraín demostró que está en su mejor momento.

Es decir, Chile y el mundo podrán continuar apreciando la creación de este hombre singular.

Antes de despedirme, y como no lo había visto sino en fotos, le pregunté sobre su costumbre de usar aquella famosa boina negra que lo ha identificado en su caminar por la poesía, desde joven. Me respondió: “Sí, sí, por ahí está. La sigo usando”.

Entonces, una vez que llegó el momento de salir del departamento y hacerme a la calle, mientras me acompañaba hasta el enrejado, me di cuenta que, sorpresivamente, se había puesto la boina. Aquel gesto tan suyo, me pareció como un regalo de despedida por aquella pregunta inocente que le había hecho en el momento menos pensado.

CUANDO LOS SILENCIOS PROVOCAN REFLEXIÓN

En la calle Yervas Buenas, a escasos pasos del plan, los pocos que supimos del paradero de Barquero, quedamos tristes al saber de su nueva partida. Esta ocasión, posiblemente, la definitiva.

Su voz la escuché por última vez en el teléfono los primeros días del mes de septiembre. Sus palabras eran distintas y todo daba a entender que los meses de su estada en Valparaíso eran contados. Al llegar noviembre del 2001 nos enteramos de su partida a otro lugar de la costa y sus proyectos de volver a establecerse en Francia. Nada había por hacer en esos instantes, eran muchas las cosas acontecidas en su segundo pasar por el territorio nacional.

La casa que habitó Barquero en menos de un año en el puerto quedó, por consiguiente, vacía. Como ya lo señalamos, si bien es cierto muy pocos se enteraron de la presencia del vate en Valparaíso, para quienes estuvieron al tanto de su domicilio y su número telefónico, se nos produjo un vacío, la desolación misma dentro de otra desolación.

También afloró una cierta impotencia por querer hacer cosas en un medio donde los caminos aún son agrestes.

En los dos momentos que estuve junto al poeta, en ese ambiente cálido de su departamento, le manifesté el deseo de un merecido homenaje, que Valparaíso tenía que saber de su presencia, que las autoridades debían estar presentes, que la ciudadanía necesitaba conocer a sus creadores más ilustres. Pero fue imposible rescatarle una luz verde para estas propuestas. Entiendo que hubo otras invitaciones a distintos lugares, pero las respuestas siempre fueron bañadas por el silencio.

Y silencioso como llegó al puerto histórico, se fue un día cualquiera casi al finalizar el año 2001, dejando su voz grave en las esquinas, su caminar por las distintas calles empedradas.

De nada sirve hoy arrepentirse de cosas que pudieron hacerse y no se hicieron. ¿Responsabilidad de país?. Por supuesto, debemos ponernos la mano en el pecho y si alguien ha dicho en sus días la verdad completa, que tire la primera piedra.

En páginas anteriores al referirnos al tema del Premio Nacional de Literatura, dimos dos nombres de poetas de la misma generación de Barquero y que tampoco alcanzaron este galardón. A Linh y a Teillier se los llevó la huesa, acostumbrados a la gran apatía que representa este territorio largo y angosto chileno.

Cuando al comienzo de este estudio hago referencia a la seguidilla que le hice al poeta desde los tiempos de su exilio hasta su llegada al puerto, es preciso señalar las innumerables tertulias y reuniones que me correspondió presidir en la zona norte, lugar en que traté temas relacionados con la obra de Barquero. En el tiempo de la dictadura, época en que muchos escritores y poetas pasaban al olvido y ubicar textos de ellos era cosa de valientes, tratar sobre este autor, a veces, resultaba luchar contra olas adversas. Muchos artistas nortinos y de otras zonas no entendían el por qué de mi devoción por este creador. Pero la perseverancia permite que las situaciones vayan cambiando. Ahora, una cantidad impresionante de indiferentes, encuentran más que razonable mi empeño e, incluso, han cambiado sus pensamientos.

Lo que sí hay que recalcar, porque de alguna manera representa el propósito del presente ensayo, es que nuestro país guarda en los archivos históricos del arte, en lo que a reconocimientos se refiere, una serie de equivocaciones.

Bajo este panorama, quienes nos preciamos de estar junto a los creadores de excelencia, tendremos al paso del tiempo que mantenernos con los ojos abiertos para que éstos no pasen al olvido y, por consiguiente, no sean pisoteados por el poder y la fuerza propagandística que a veces representa la gran lista de premios nacionales en nuestro país, muchos de ellos, sin duda, grandes artistas. Otros no.

Y aquí viene la pregunta de siempre. ¿Es esta una nación olvidadiza?. Y la respuesta es inmediata: ¡Por supuesto!. No sólo en la parte creativa, sino también en su historia. Chile ha tardado en echar por tierra sus errores y los artistas muchas veces (son conocidos los casos) reciben primero los reconocimientos en el extranjero.

Por esta razón, y como es el tema de Efraín Barquero el que nos interesa, aprovechando una invitación a un encuentro latinoamericano de escritores en Santiago, a comienzos del año 2002, dialogo con varios creadores nacionales y del exterior sobre este problema que nos golpea en forma constante.

En varias tardes de conversación logro introducir el tema de los olvidados en la palabra escrita, y sus consecuencias en cuanto a las nuevas generaciones

Ese fue el momento en que se hizo un voto de reflexión para que estas situaciones dolorosas no vuelvan a suceder.

Más adelante, por el mes de mayo del mismo año viajo invitado a Curicó, para participar en un encuentro de poesía maulina, convocado por una agrupación de la zona. Nos reunimos una treintena de creadores en la sala de conferencias de la Universidad de Talca. La idea central del evento fue dialogar sobre los problemas de la poética en regiones y cómo abordar el centralismo que muchas veces deja marginados a los artistas que se desarrollan lejos de Santiago. Por otra parte, se buscaba estratégicamente escarbar en la historia de la poesía del Maule hasta situarla en los nuevos creadores. En otras palabras se quería hacer una especie de búsqueda o relación con el destino de las corrientes poéticas emergidas en esa zona y que al paso de las décadas habían aflorado con colores propios.

Siendo de otra región del país, por consiguiente no experto en el estudio y raíces de los artistas maulinos, pedí la palabra con el fin de no hacerme partícipe en la discusión, pero creé un espacio para homenajear a nuestro poeta estudiado. Fueron alrededor de tres carillas las que pude leer en medio del silencio de la sala. Antes habían recitado vates de Curicó, Talca y los alrededores en medio de algunas polémicas propias de la juventud. Sin embargo, quienes escucharon la ponencia, personas de distintas edades, se sintieron identificadas por las palabras que no sólo trataron sobre la obra de Efraín, sino también la apatía del país y de la zona donde el bardo nació, además de la enfermiza tradición chilena de, muchas veces, estropear proyectos de real trascendencia.

Por otra parte, y hay que decirlo, una vez que las ciudades de provincia apoyan una iniciativa, tampoco son escuchadas en la gran metrópoli. Recuerdo en la década del ochenta, cuando en pleno régimen militar, se unieron la primera y segunda regiones para apoyar la candidatura al Premio Nacional de Literatura de Andrés Sabella. Nada sucedió, el escritor nortino falleció años más tarde en Iquique en una de sus tantas etapas como conferencista. Otro olvidado es también Mario Bahamonde.

En Curicó logramos dialogar sobre esto y otras cosas. En medio del humo del café quisimos trasnochar con recuerdos del poeta Barquero. Bañarnos con la misma brisa que el vate

recibió en su etapa de niñez y juventud. Antes de llegar al sitio del encuentro había visto las micros que conducían a Teno, la tierra campesina del nacimiento. El aire de la zona traspasaba las etapas de la vida, las largas etapas de caminatas incesantes, las palabras dejadas en los caminos.

Al caminar por las calles de Curicó de nuevo me sentí confundido en las épocas. El tiempo ha pasado por cada sitio sin que los hombres se hallan dado cuenta. Han sido tantos los acontecimientos en el país, la historia que al fin queda en los libros y que, a la larga, ha significado alegrías y sufrimientos. Las nuevas generaciones transitan por las avenidas, con ideas y con formatos diferentes. Los artistas se juntan en las plazas, en los cafés, en los restaurantes. Y el mundo junto a las nuevas tecnologías se agiganta en el tema de las comunicaciones. Efraín Barquero ha dejado su obra para que el hombre la comparta, y en medio de sus silencios, de los innumerables viajes, me dejó su voz en estos cassettes que guardaré para la posteridad. Aquel apretón de manos final junto con mostrarme su boina negra, fue la foto que no nos sacamos en medio de la noche de Valparaíso; el sabor de la vida que él mismo grafica en este poema último y que me permite terminar con este estudio luego de encontrármelo, a manera de presagio, en un lugar del mundo:

“Guardé el sabor de la vida

lo guardé en la frente.

Tenía gusto a mujer

a hombre, a niño, a sombra.

Nunca lo sentí sino cuando se habían ido

era como el perfume de los frutos en la mesa.

Guardé el sabor de la vida en mi rostro desnudo

y en mis manos también desnudas

en el pan de mi trabajo.

Lo gusté en la copa donde bebían los labios amados

no tenía ningún sabor a veces

tenía gusto a tierra húmeda.

Todos los sabores conocí

ninguno como el gusto de los seres.

Ninguno como las palabras que me dijeron

lentas como la vida
acordándose de sí misma.